

PROTEA-IV

Ó LOS MISTERIOS DEL CASTILLO DE MALMORT
EN SEIS EPISODIOS



GARCIA
BASTARD

Eclair

R / 9 (PROTEA) P.V.



BOURGEOIS Gaudin
en - Polys - Grand Bouquet 79 (PROTEA) Pro

PROTEA IV

AQUEST LLIBRE
ESTÀ EXEMPT DE
PRÉSTEC

LOS MISTERIOS DEL CASTILLO DE MALMORT

NOVELA DE AVENTURAS, BASADA EN LA PELÍCULA
DEL MISMO TÍTULO

POR

X. Y. Z. *(1917)*



CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS PARA EL ALQUI-
LIER DE LA PELÍCULA EN ESPAÑA Y PORTUGAL:

CABOT Y PIÑOT

Calle de Aragón, 249.—Teléfono A. 3264.—BARCELONA

TALLERES GRÁFICOS FÉLIX COSTA
CALLE CONDE DEL ASALTO, NÚMERO 45, — BARCELONA



R 6.198



PROTEA



CAROL A. HINCH



A GUISA DE PRÓLOGO

Unas palabras de los concesionarios

Cuantas personas hayan seguido con alguna atención el movimiento cinematográfico de estos últimos años, conocen sobradamente la figura de PROTEA; reflejada en el lienzo de todos o casi todos los Cines de España, ha emocionado a nuestros públicos con sus audaces aventuras, con el gesto noble de su altruismo; Protea no es, pues, una figura desconocida.

Pero en estas nuevas aventuras, la heroína aparece bajo un aspecto de tan hermosa abnegación, que pudiéramos decir que son los episodios que se suceden en los MISTERIOS DEL CASTILLO DE Mالممорт una gallarda exposición de toda la sublime grandezza, de la quijotesca psicología de Protea. Alma ingenua y sencilla, sólo comprende el bien por el bien; fortaleza de piedra y temple de acero, lucha contra la maldad humana, con energías de titán; y mujer afortunada, vence en sus empresas, dando con su heroico ejemplo la prueba de lo que pueden la voluntad y la constancia puestas al servicio de un noble ideal.

Incidentalmente hemos comparado a Protea con el sublime loco cervantino; como él, lucha en defensa del débil, contra malaodrínes y villanos; como él, hace un culto de la bondad y la nobleza... Pero más afortunada que él, consigue vencer en la contienda.

No podía faltar a la heroína su escudero; y lo ha hallado en Teddy, el alegre y vivaracho acróbata, que abnegadamente, enamorado de los ideales de la noble luchadora, le presta la ayuda de su genial astucia y de su inagotable alegría.

Y de la feliz unión de ambas figuras, para la defensa de una niña a quien unos bandidos tratan de despojar de su fortuna, surgen los admirables episodios que para bien del Arte Cinematográfico ha filmado la célebre manufactura Eclair, y para solaz y saludable ejemplo presentan a los públicos españoles,

CABOT Y PINOT

A GUISA DE PROLOGO

Uma palavra de los colaboradores

Este livro é o resultado de um trabalho conjunto de muitos colaboradores, que se reuniram em torno de uma única ideia: a de criar um livro que fosse útil e agradável aos leitores. Para isso, cada um dos colaboradores trouxe à tona suas ideias, suas experiências, suas habilidades, e todos juntos, com muita paciência e dedicação, foram criando este livro, página por página, capítulo por capítulo.

É importante lembrar que este livro não é apenas um conjunto de regras e normas, mas sim um guia prático, que visa ajudar os leitores a entenderem melhor o mundo ao seu redor, a desenvolverem suas habilidades e a alcançar seus objetivos. Portanto, esperamos que este livro seja útil e agradável para todos os leitores.

Os colaboradores deste livro são: [Nomes dos colaboradores]. Todos eles são pessoas dedicadas, apaixonadas pelo assunto e comprometidas com a qualidade do trabalho. É um prazer tê-los conosco e esperamos que este livro seja um reflexo de suas habilidades e conhecimentos.

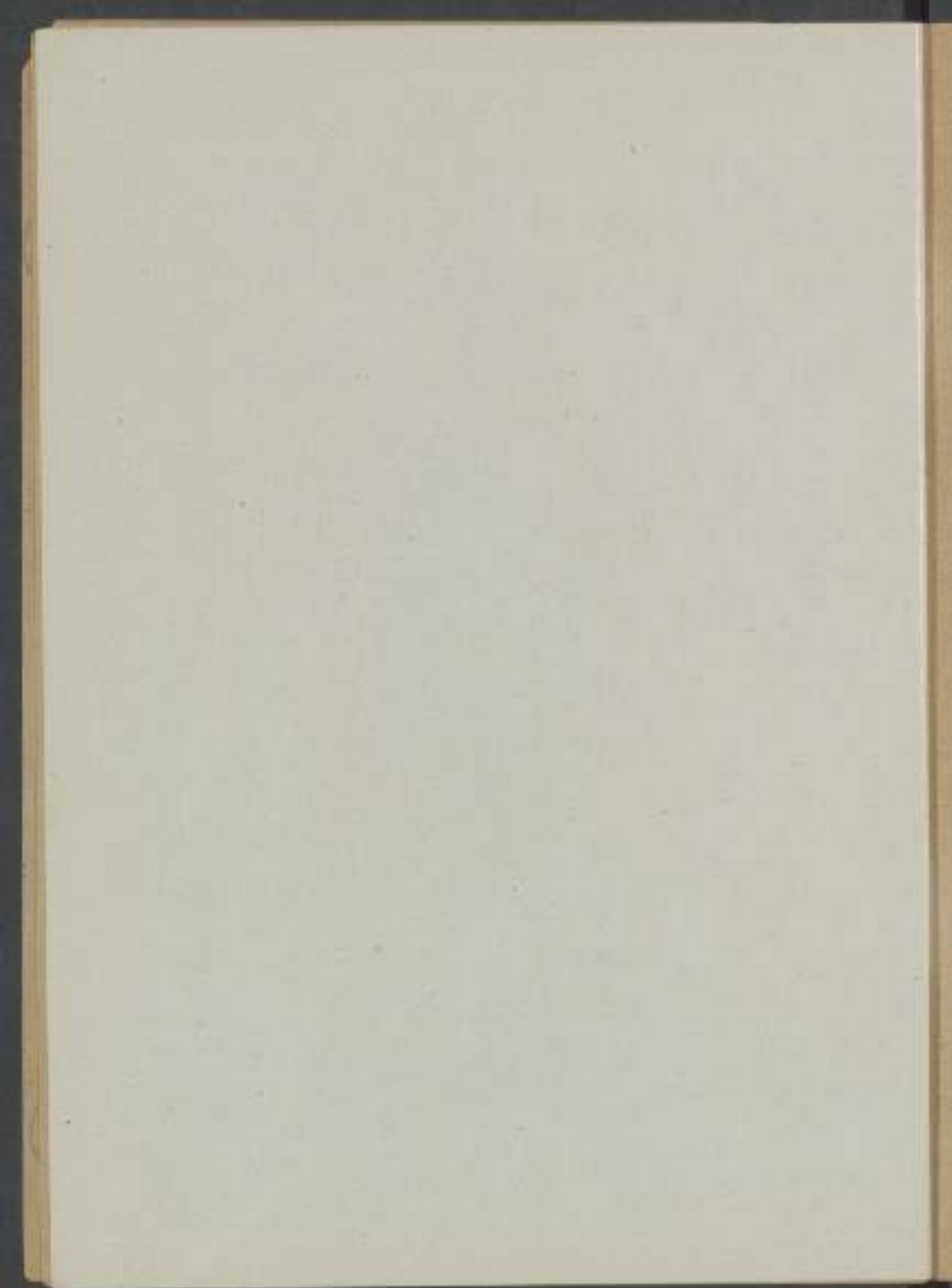
Este livro é o resultado de um trabalho conjunto de muitos colaboradores, que se reuniram em torno de uma única ideia: a de criar um livro que fosse útil e agradável aos leitores. Para isso, cada um dos colaboradores trouxe à tona suas ideias, suas experiências, suas habilidades, e todos juntos, com muita paciência e dedicação, foram criando este livro, página por página, capítulo por capítulo.

É importante lembrar que este livro não é apenas um conjunto de regras e normas, mas sim um guia prático, que visa ajudar os leitores a entenderem melhor o mundo ao seu redor, a desenvolverem suas habilidades e a alcançar seus objetivos. Portanto, esperamos que este livro seja útil e agradável para todos os leitores.

Os colaboradores deste livro são: [Nomes dos colaboradores]. Todos eles são pessoas dedicadas, apaixonadas pelo assunto e comprometidas com a qualidade do trabalho. É um prazer tê-los conosco e esperamos que este livro seja um reflexo de suas habilidades e conhecimentos.

Este livro é o resultado de um trabalho conjunto de muitos colaboradores, que se reuniram em torno de uma única ideia: a de criar um livro que fosse útil e agradável aos leitores. Para isso, cada um dos colaboradores trouxe à tona suas ideias, suas experiências, suas habilidades, e todos juntos, com muita paciência e dedicação, foram criando este livro, página por página, capítulo por capítulo.





PRIMER EPISODIO

UNA MISION SAGRADA

I

Era una hermosa mañana de mayo. Protea, en su gabinete coquetón, lleno de las refinadas elegancias de que las mujeres francesas gustan llenar el ambiente deliciosamente íntimo de sus habitaciones, escuchaba, distraída, los rumores de la calle; París no se resignaba a entristecerse; tenía fe en el porvenir y esperanza en su vitalidad. Allá lejos, en las trincheras, los «podus» respondían a los alientos del pueblo, y París continuaba siendo el alma de Francia, noble y alegre, valerosa y resignada.

La doncella de Protea acaba de dejar sobre una mesa los diarios del día y dos o tres cartas en las que nuestra heroína apenas si había fijado su atención. Protea pensaba en el lejano campo de batalla; pensaba en su ahijado de guerra, en Teddy, el alegre compañero con quien tantas fatigas había soportado y con quien tantos peligros había vencido.

De pronto, su vista se fijó en un sobre en el que en pintoresca garabates aparecía su nombre: no había duda, la carta era de Teddy. Abrió el pliego nuestra heroína, y descifrando entre ricas contenidos la original ortografía del alegre soldado, leyó las noticias de su ahijado. La carta era un gracioso modelo epistolar; pero lo que no tenía de sintaxis ni de refinamientos de léxico, ni de primores ortográficos, estaba sobradamente compensado por la concisión con que participaba a su madrina que estaba bien de salud, que allí en la trinchera caían *los pepinos* a millares y que pronto tendría la alegría de darle un apretado abrazo, puesto que iba a serle concedida una licencia.

Y al terminar Protea la lectura, la voz chillona de su ahijado alborotaba la casa, llenando de alegría a la joven, que acababa de ver transformados sus recuerdos en gózosa realidad.

—¡Eh, madrina, querida madrina! —gritaba el soldado, entrando en el «boudoir» y hollando con sus zapatos claveteados la mollida alfombra.

—¡Teddy!

Y un abrazo efusivo unía a los dos compañeros.

Difícil sería describir el estado de ánimo de los dos amigos. La madrina, alma templada en la forja de los peligros, podía a duras penas contener su emoción al estrechar a su compañero; pensaba en aquel infierno de las trincheras, donde tantos y tantos caían defendiendo heroicamente su ideal de Patria y Libertad.

En cuanto a Teddy, su alegría constante no le permitía pensar en otra cosa que en la delicia de aquel «boudoir» perfumado, en la mollido de los sillones y sobre todo en el fuego confortable que ardía en la chimenea.

La conversación se entabló sobre el tema natural: la guerra. Y como

consecuencia se habló de los desaparecidos, de los que habían ofendido su vida en aras de un ardiente patriotismo.

—Por cierto—exclamó Teddy—aquí tengo una carta que mi compañero Santiago Robert me encargó que llevara al Hotel Universo, en la calle del Globo. La carta es para una tal Luisa Varón, con la que supongo que Santiago había tenido relaciones bastante íntimas.

El soldado calló. Su rostro, en el que siempre aparecía una mueca sonriente, tornóse melancólico; un suspiro muy hondo salió de su pecho y con voz que la emoción entrecortaba, dijo:

—¡Pobre Santiago! A los tres días de conlarme la carta cayó para no volverse a levantar.

—¿Y habrá que explicarte a Luisa Varón la muerte de ese hombre?—preguntó Protea.

Teddy no respondió. Su silencio y la tristeza de su rostro eran pruebas evidentes de la emoción que le causaba la idea de tener que dar a Luisa la trágica noticia.

—En fin, amigo mío!—dijo Protea, después de una corta pausa.—El encargo mío tiene de agradable; pero ya sabes que puedes contar con mi compañía para ayudarte a hacerlo.

Teddy aceptó reconocido el ofrecimiento de su madrina y comenzaba a requetimientos de ésta la narración de las innumerales hazañas realizadas en las trincheras, cuando una gentil camarera anunció solemnemente:

La señora está servida.

Y el buen Teddy, ofreciendo su brazo a Protea, se dejó guiar por ésta hasta hallarse ante una mesa en la que humeaba la exquisita comida, que al soldado, harto de rancho y pan de molienda, le pareció manjar de los dioses.

II

En tanto que nuestros dos héroes se disponían a emprender un ataque contra las sabrosas viandas, un anciano de aspecto venerable, de larga barba blanca y blancos cabellos, llamaba a la puerta de casa de Protea.

He visto entrar en esta casa—dijo a la doncella—e no militar a quien me interesa hablar. ¿Quiere usted tener la amabilidad de entregarme esta tarjeta?

Al salir la doncella de la habitación, el personaje enderezóse y pasó por la estancia una mirada escudriñadora; en un velador aparecía a su vista el sobre que Teddy debía entregar a Luisa Varón. El desconocido cogió el sobre y lo examinó atentamente; su rostro adquirió una expresión extraña, una oleada de sangre coloreó sus mejillas y un fuego silencioso apareció en sus ojos.

Pero en aquel momento Teddy entraba en el salón y el misterioso personaje volvió a aparecer el anciano venerable que conocemos.

—Perdone usted—exclamó al ver a Teddy.—Como habrá usted leído en mi tarjeta, soy el barón de Prebensky; soy íntimo amigo de un soldado que está en su mismo regimiento y el deseo de saber de él me ha hecho tomar la libertad de hacer a usted esta visita.

—Con mucho gusto daré a usted cuantas noticias sepa de su amigo...
¿Quiere usted darme su nombre?...

—Santiago Robert...

El semblante de Teddy se entristeció.

—Señor—exclamó después de una pausa.—Santiago Robert ha muerto. Hace ocho días cayó destruido por una granada... Precisamente debió entregar a una joven, Luisa Varon, una carta que me confió unos días antes de su muerte...

Teddy calló. La emoción del anciano parecía tan sincera que el buen soldado se sintió conmovido y prodigándole frases de consuelo y aliento acompañó a su visitante hasta la puerta, viéndole marchar encorvado y con peso vacilante.

Pero ya en la calle, el misterioso barón de Prebensky se irguió, quitó de sus ojos las gafas verdes que arrojaba el fuego de sus miradas, y sacado de su bolsillo un diminuto carnet apuntó en una de sus hojas: «Luisa Varon.—Hotel Universo.—Calle del Globo.»

III

La calle del Globo está situada en uno de los barrios extremos de París. Estrecha y tortuosa, formada por edificios de una pobreza arquitectónica verdaderamente alrumadera, más parece calleja de capital provinciana que vía de la ville lumière.

En una de las casas, más pobre y miserable que sus vecinas, y más vieja que ellas a juzgar por la sombría patina de su fachada, aparecía junto a su puerta un rótulo cuya redacción altisonante era un sarcasmo: «Gran Hotel del Universo.—Habitaciones amuebladas.»

Penetremos en el angosto portal y después de contemplar la bonachona figura del portero subamos la oscura escalera. Hay que hacer algunos equilibrios, tal es el estado de desgaste de los viejos peldaños... Un piso, otro y otro. Aquí es.

En el tercer piso, en el fondo de un pasillo de aquel Gran Hotel del Universo, estaba la habitación de Luisa Varon, que la ocupaba con su hija. Bodisima criatura de rubios cabellos, ojos azules, cuyo mirar limpio e inocente parecía ser un encanto de amor y gratitud hacia su madre.

Luisa Varon era aún muy joven; su belleza, original, tenía un sello de suprema distinción. Sus ojos, de un azul pálido, muy grandes, de mirar ingenuo, eran un poema de bondad. En su boca aparecía una sonrisa, constante contracción misteriosa, expresión de un dolor soportado resignadamente y ofrecido en aras de un amor que no se extinguiría más que con la vida.

Luisa estaba enferma.

Hacia años había tenido su historia de amor. Esa historia tan frecuente en París.

Era entonces Luisa oficiala de un gran taller de modas. En sus pácos por el campo, durante los días festivos, la acompañaba un joven estudiante: Santiago Robert.

La abnegación primero, el amor después, convirtieron las relaciones de los dos jóvenes en uno de esos idilios tan dulces, tan parisinos, en que todo se olvida para no recordar más palabra que una: Amar.

Más tarde, Santiago debió emprender un viaje. ¿Donde iba? Luisa no lo sabía, pero esperaba confiada, luchando alegremente por la vida de ella y de su hija, fruto de bendición de sus amores.

Y el tiempo pasó. Santiago no volvía y Luisa aun esperaba, esperaba siempre; a la lucha por la vida se unió la que ella misma quiso sostener contra las sospechas que comenzaban a atormentarla.

Y un triste día supo la verdad de su abandono; Santiago no había salido de París, donde llevaba una vida fastuosa. Alguien lo había visto y no faltó alma caritativa que lo comunicara a la infeliz *midinette*.

Luisa no se paró a reflexionar sobre lo extraordinario del caso de que un pobre estudiante pudiera llevar una vida de lujo y estratificación. Solo pensó en su abandono, en la traición de su amor, en el desquiciamiento de sus ilusiones... Después lloró, lloró mucho y sus lágrimas ardientes cayeron sobre la aurea cabeza de aquel angel, como triste bautismo de penas y dolores, al comenzar de una vida de la que aun no conocía las traiciones.

Luisa no pudo resistir tan terrible prueba. Enfermó y su dolencia fué una nueva lucha para ella.

Un acontecimiento imprevisto agravó la situación de la infeliz. Francia se había estremecido ante el insulto a su honor; una avalancha de gente en oleadas tempestuosas rugía en calles y bulevares. Era la guerra que se acercaba, que estaba allí, con su séquito de dolores y miseria.

Y estalló la terrible contienda, fracaso cruel de todos los principios de humanidad y fraternidad.

Luisa vio llegar la catástrofe inevitable de su vida y en un supremo esfuerzo de energía se aferró a su amor de madre. Había que vivir para amparar de su Margarita.

Las tropas salen de París; todo lo llenaban con sus marchas guerreras, y el vocerío de su entusiasmo apagaba el contenido clamor de los dolores de los que quedaban. Y entre los soldados que partieron, fué al frente aquel estudiante alegre y decidido que un tiempo fué el solo amor de Luisa.

Pasaron los días, tristes monótonos. La infeliz madre leía ansiosamente los partes de la guerra; recordaba la lista de muertos y heridos, temblando aún por el que la había abandonado.

Luego no tuvo ya fuerzas para ella.

Y en este punto la hallamos al comenzar nuestra historia: concentrando sus pocas energías en el cuidado de su hija y en el de ella misma, no por ella, sino por el amor, por el único amor de su pobre vida que se extinguía.

IV

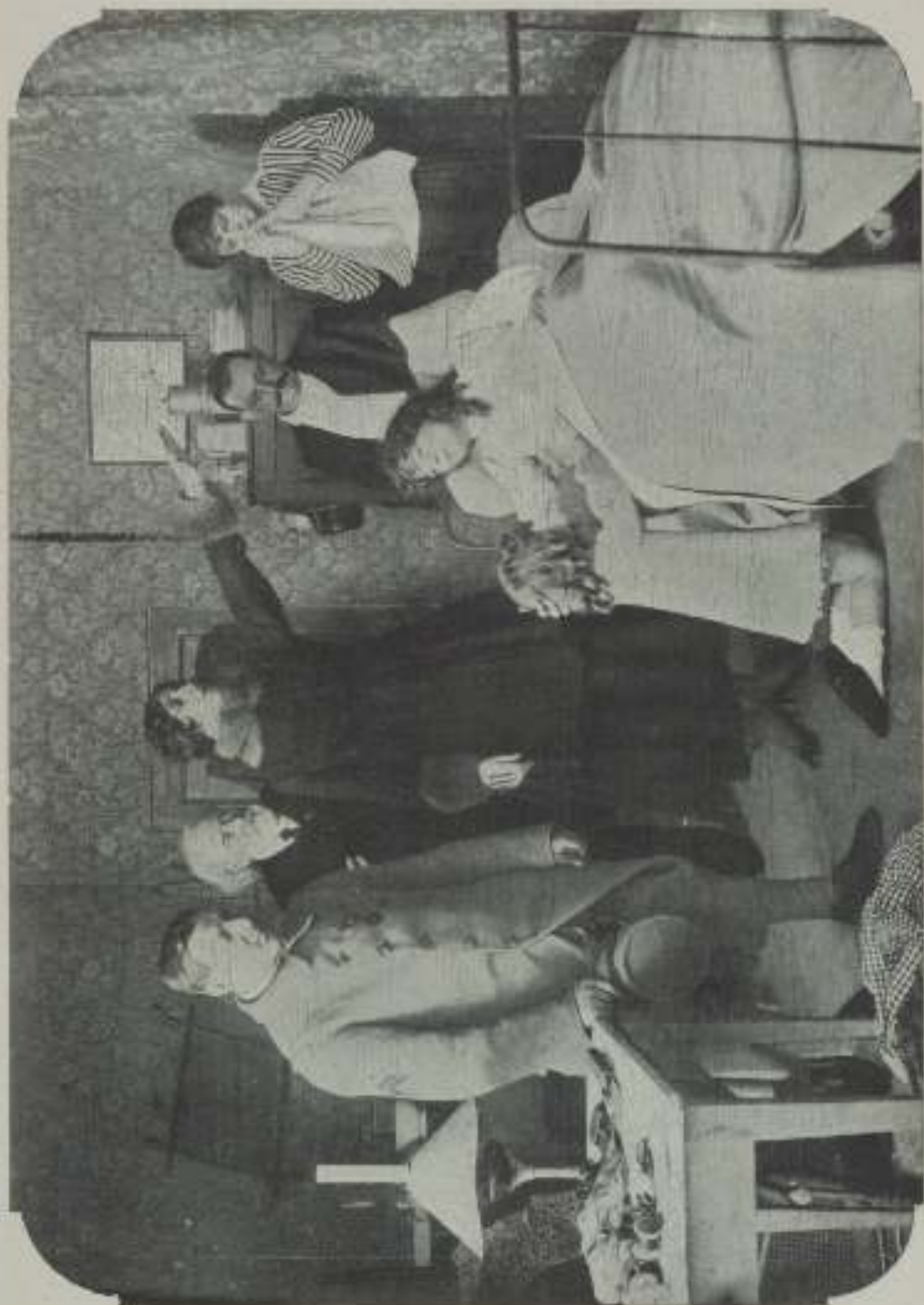
—¿Se pueda?—gritó alegremente una voz en el pasillo.

—Adelante—balbuceó Luisa, sorprendida.

Y al abrir la puerta penetraron en la estancia Protea y Teddy.

Hubo un momento de duda. Mas las francas expresiones, las limpias miradas, reflejos de almas nobles, fueron suficientes para disipar toda turbación.

—¿Es usted Luisa Varón?—preguntó Protea.



—Yo soy—contestó la joven.—¿Que desean ustedes?

—Dar a usted una carta que está en las tranceras me entregó alguien que debe ser a usted muy querido—exclamó Teddy.—Un buen compañero, Santiago Robert.

—¡Santiago!—dijo Luisa.

Y sin poder contener sus sentimientos:

—¿Está bien? ¿No está enfermo? ¿No está herido?—preguntó.

Protea y Teddy se miraron y se comprendieron: a ambos les faltaba el valor para decir la verdad y prefirieron apelar a una piadosa mentira a causar a la infeliz un dolor tan terrible.

—Nada tiene—contestó Protea.—Pero, amiga mía, en estos tiempos es bueno acostumbrarse a las noticias tristes, armándose de valor para recibirlos. Piense usted en esta niña, en ese ángel que está a su lado—¿Es su hija?

—Sí, señora—dijo Luisa, enrojeciendo.

Protea contempló conmovida el rubor de la joven y dulcemente tomó sus manos estrechándolas.

Luego, fijando sus ojos en las ingenuas pupilas de Luisa:

—Yo soy Protea—dijo.—Si algún día necesita usted de mí, no dude en llamarme.

Y despidiéndose, salió con Teddy, dejando en el ambiente de la miserable habitación el supremo perfume de la bondad.

V

Luisa se quedó contemplando el sobre que Teddy le había entregado. Después de tanto tiempo, el pasado volvía ante sus ojos, con todas sus dulces emociones, sus horas de amor intenso, de loco olvido del mundo. Luego, el principio de una indiferencia disimulada, más tarde la ausencia y por último el silencio y el desengaño cruel.

Incapaz del odio, Luisa había perdonado y la vista de aquel sobre parecía a la infeliz su premio a la obediencia de su vida.

Levantemente abrió el pliego y sacó una carta; con ella venía otro sobre en el que en letras grandes se leía: «Este es mi testamento».

La trágica palabra hizo palidecer a Luisa; la imagen de la muerte corriendo sobre la cabeza de su amante apareció a su mente dolorida.

Llevó una mano sobre su corazón y leyó:

«Mi querida Luisa:

«He de implorar tu perdón. He sido un gran culpable para ti y para nuestra Margarita, y ahora, en este ambiente de sacrificios, veo en toda su magnitud la cobardía del abandono en que me he dejado. No sé lo que el porvenir me reserva y quiero reparar mi falta.

«Debo hacerte una confesión: No soy, como has creído hasta ahora, un pobre estudiante sin recursos; mi nombre es Santiago Robert de Tarazona y soy el último descendiente de una ilustre familia. Solo en el mundo, quiero que mi fortuna, que debe ascender a unos doce millones, sea heredada por nuestra Margarita, en caso de que yo muera. Tu conservación el usufructo durante tu vida.»

Luisa se detuvo un instante. El corazón parecía querérsele saltar del pecho y la emoción y la sorpresa aullaban su vista. Repuesta un tanto pensó:

«En estos tiempos calamitosos no he querido fiarme de nada ni de nadie; he realizado todos mis bienes y he enterrado el tesoro en un lugar secreto de mi castillo de Malmoe. Solamente Francisco, un servidor fiel y abnegado, que es hoy guardián del castillo, conoce mi secreto. El plano que indica el escondite del tesoro ha sido depositado por mí en casa del notario Dr. Filiberto Grant, que deberá entregarlo según instrucciones del testamento adjunto. Desconfía de todos, y más que de nadie, de dos seres malvados que ni yo conozco: mi primo Rodolfo y su hermana Eva.

«Adiós. Tuyo siempre, SANTIAGO ROBERT DE TARAZONA, Conde de Tarazona.»

VI

Señalan las seis de la tarde del día siguiente al en que se habían desarrollado los anteriores sucesos, cuando el anciano de venerable aspecto que ya conocemos, penetraba en el angosto portal del «Gran Hotel del Universo» y subiendo la vieja escalera y recorriendo el estrecho y obscuro pasillo del tercer piso, llamaba a la puerta de la habitación de Luisa.

—Adelante—contestó la voz dulce de la joven.

—Señora—dijo al penetrar en la estancia el anciano—¿es usted Luisa Varón?

—Yo soy—respondió.

—Venía a dar a usted ciertas noticias de Santiago Robert...

—¡Oh, gracias!—exclamó Luisa, en quien el nombre de su amado había despertado una simpatía hacia el desconocido visitante.—Precisamente ayer me fué entregada una carta suya.

—Pero sin duda nada le han dicho a usted de...

El anciano parecía embargado por extraña emoción.

—En fin, señora—continuó como si hiciera un esfuerzo.—Santiago Robert ha muerto. Cayó valientemente en el campo del honor.

Luisa se puso en pie, llevó ambas manos al pecho y cayó presa de un terrible ataque.

Entonces el visitante sufrió una transformación: enderezóse, perdió el grave continente de su aparente ancianidad y comenzó a registrar los pocos muebles de la estancia. Buscaba rápidamente, ansiosamente, y de tanto en tanto vigilaba a Luisa que yacía en el suelo. Un testigo presenciaba la escena oculto detrás de la cama: Margarita.

El talvo anciano había hallado lo que buscaba: era el testamento de Santiago Robert de Tarazona.

Pero en aquel momento Luisa volvía en sí y aun que nada pudo evitar vio el robo de que era víctima.

El desconocido apartó el cuerpo de Luisa y se lanzó precipitadamente fuera de la habitación: bajó la escalera, saltando de dos en dos los escalones, y salió a la calle, no sin haber propinado al portero un empujón del que a poco da con sus huesos en el suelo.

—¡Eh, amigo—dijo el buen hombre—teaga más modos! ¿Así se atreve a un cristiano?

Pero el desconocido a buen paso se perdía entre la multitud.

Unos gritos desgraciaños llamaron la atención del portero. Subió

presurosa las escaleras y al comprender que era Luisa quien llamaba penetró en la habitación.

Una hora más tarde el portero penetraba en casa de Proiea.

—Señora—dijo tan pronto fué recibido—una gran desgracia. La señora Varon se está muriendo... Le llamo a usted y vengo a rogarla que vaya junto a la infeliz.

Proiea no dudó un instante; avisó a su inseparable compañero y a poco rato ambos entraban en la misera estancia de Luisa.

VII

Nos hallamos en el elegante salón de Eva de Kenny.

Mujer dotada de singular belleza, alta, esbelta, de elegancia refinada, tenía algo en su mirada indefinible que la hacía repulsiva. En su boca aparecía una extraña sonrisa de sádica ironía y sus movimientos, un tanto bruscos, demostraban la energía de su temperamento.

Aquella noche parecía intranquila. Su actitud demostraba la impaciencia con que esperaba algo que no venía.

De pronto penetró en la lúgubre estancia el anciano que ya conocemos. Eva se puso en pie.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Ya es nuestro—dijo rápidamente el interpelado.

Entonces el misterioso personaje operó una transformación sorprendente. Despojándose de su peluca blanca y arrancándose las barbas, apareció tal cual era, joven, fuerte...

Era Rodolfo de Kenny, el hermano de Eva.

—Aquí está el testamento de nuestro primo—dijo Rodolfo, sacando de su bolsillo el codiciado documento.

Y abierto el sobre, los hermanos leyeron:

«TESTAMENTO:

«Yo, Santiago Robert de Tarazona, declaro que instituyo heredero universal de mis bienes a mi hija, Margarita Robert de Tarazona y Varon. Todos estos bienes han sido realizados por mí, y el tesoro se halla escondido en un lugar secreto de mi castillo de Malmört. El plano del escondite se halla en poder de mi notario, doctor Filiberto Grant, que lo entregará a Luisa Varon y en su defecto a su hija, la ya citada Margarita Robert de Tarazona y Varon.

«Nombre usufructuaria de mis bienes a la ahijada Luisa Varon, que los conservará durante su vida.»

Nos creemos dispensados de describir el efecto que la cruel decepción había producido en los hermanos.

—Es necesario luchar—dijo al cabo de un rato Eva.

—Luchar... Es fácil decirlo, pero ¿cómo?

—Hay que ir a Malmört, registrar, buscar y dar con el paradero del tesoro... Por otra parte, Rodolfo, tú eres de la Seta Roja; ellos nos ayudarán.

Rodolfo reflexionaba. Pronto se dejó convencer por su hermana y la lucha quedó acordada. Buscarían cómplices en la misteriosa secta y de grado o por fuerza se apoderarían del tesoro.

VIII

Al entrar en la habitación de Luisa, Protea y Teddy, se ofreció a su vista un cuadro desgarrador.

La desgraciada, en el lecho, presentaba el siniestro aspecto de la muerte; una terrible palidez tenía su rostro y su mirada, en la que sólo quedaban los vacilantes destellos de una luz que se extingue, se posaba tristemente en el rostro de Margarita. Esta contemplaba a su madre y en su rostro angelical se pintaba la imagen de un dolor comprendido.

Una piadosa vecina auxiliaba al médico y la triste expresión dibujada en sus semblantes no dejaba lugar a duda alguna: Luisa se moría.

La trágica penumbra en que se destacaba el cuadro acababa de hacerlo más pavoroso y nuestros dos amigos se sintieron sobrecogidos.

Al ver a Protea, Luisa hizo un esfuerzo sobrehumano e incorporándose y señalando la mesa de trabajo:

—Allí... allí—balbuceó—el testamento... robado.

Y aquellas palabras fueron las últimas. Luisa había muerto.

Protea sintió renacer sus energías al adivinar en las palabras de Luisa un siniestro drama de ambiciones y despojos.

Y cuando buscando halló la carta de Santiago, comprendió.

—Ha entrado alguien aquí?—preguntó al portero.

—No recuerdo.—contestó éste.—¡Ah, sí! un anciano de barba blanca y antiparras verdes, que al salir me dio un fuerte empujón...

—¿El barón de Prebenschky!—exclamó Teddy.

—¡Rodolfo Reiny!—dijo Protea, que había adivinado todo el proceso del miserable despojo.

Y la heroína, en quien se renuevan las ansias de defender al débil y al buco contra la maldad humana, dice solemnemente, extendiendo su brazo sobre el cadáver de Luisa:

—¡Descansa en paz, pobre madre!... ¡Yo juro proteger a tu hija y defender los bienes que quieren arrebatarle!...

—¡Y yo juro ayudar a la noble empresa!—dice Teddy.

He aquí a Protea y a Teddy en el camino de las aventuras a que les conducirá la defensa de Margarita. La lucha será terrible, emocionante, porque Rodolfo y Eva, en quienes el tesoro de Malmort ha despertado una inmensa ambición, emplearán toda su energía y su astucia para llegar a la posesión de las riquezas del de Tazurona.

SEGUNDO EPISODIO

EN LA BOCA DEL LOBO

I

Junto a una villa de las costas de Bretaña, un bosque de abetos y pinos seculares, que la maleza al entrecruzarse en las viejas troncos hacía

selva imbordeable, cubijaba en su más salvaje lugar una casa de madera de rústica cubierta formada de ramas y hojarasca.

En el interior de la casa, en la única habitación de su planta baja, sentados unos y en pie otros, en rededor de una mesa, sostenian, varios hombres, animada conversación.

— Os digo—exclamaba enérgicamente uno de ellos—que Rodolfo Remy, nuestro jefe, me ha dado órdenes bien terminantes. Parece que se trata de un asunto importante.

—Pero es el caso—replicaba otro—que hace ya dos días que esperamos, y esta casucha no es precisamente un modelo de confort.

—Si se ha dado la palabra de venir—dijo un tercero,—no hay que dudar de que vendrá. Yo sé algo del asunto; a lo que parece, se trata de apoderarse de un tesoro escondido en un castillo próximo a estos lugares.

—¿Próximo a este bosque? El más cercano es el de Malmort, el de los antiguos condes y señores de Tarazona.

Un fuerte golpe dado en la puerta interrumpió la conversación.

—¡Abrid!—gritó imperiosamente una voz del exterior.

—¿Rodolfo?—exclamó el que primeramente había hablado.

Y dirigiéndose á la puerta, la abrió.

Rodolfo Remy y su hermana entraron en la casa. Ambos daban muestras de gran agitación.

—Amigos míos—dijo Rodolfo,—Perdonad la espera. Es preciso que me ayudéis a descubrir un tesoro que mi primo, el conde Tarazona, escondió antes de morir en su castillo de Malmort. Ha conseguido apoderarme del testamento, por el que nombraba su heredera a una hija natural; pero antes de que su madre intente algo es preciso que el tesoro esté en nuestro poder... Habrá buena recompensa; conque, ánimo, compañeros.

Rodolfo calló. Del fondo de la chimenea que había en la habitación partía el rumor de unos charquidos casi imperceptibles.

—¿El telégrafo?—dijo Eva.

Un resorte que Rodolfo hizo funcionar puso al descubierto, detrás del paramento interior del hogar, una instalación completa de radiotelegrafía. Rodolfo se puso los auriculares y escuchó.

Un misterioso confidente enviaba el siguiente despacho:

«Vigilad. Protea está sobre nuestra pista. Ha marchado en auto con Teddy y la hija de Luisa Varon. Esta ha muerto. He perdido el rastro. Vigilad.»

—¿Protea?—exclamó Rodolfo.—¿Es la endiablada aventurera? ¡Ah, maldita, te pesará meterte en mis negocios!

Los cómplices de Rodolfo, al oír el nombre de la hermana habian palidecido. Eva observó la impresión producida y comprendió que era preciso animar a los acólitos de su hermano.

—¿Bah!—dijo, sonriendo irónicamente.—Protea tendrá que verne con Eva... Pero lo importante es ganar tiempo. Es de prevenir que esos dos aventureros vayan a Malmort; cortemos el paso y procuremos deshacernos de ellos. Luego tranquilamente iremos a buscar el tesoro... Para ir a Malmort han de pasar forzosamente por la carretera de Roubin: es-

paremoslas por lo tanto en el cruce de esta carretera con el camino de Malmort...

El plan fué aprobado y media hora más tarde los bandidos se ocultaban en la enramada, no sin haber antes obstruido la carretera con varios troncos que la interceptaban.

II

El ronso trepidar de un automóvil rompió el silencio solemne de la selva.

—¿Serán ellos?—dijo Rodolfo a uno de sus compañeros.

Y sabiendo de su escondite se plantó en medio del camino en el momento en que el auto se detenía ante los troncos que cortaban la carretera.

—¡Leoncio!—exclamó Rodolfo, al ver a uno de sus camaradas en el auto.

—Sí, yo soy—contestó el otro—Hay que apresurarse. Ya sabes que Protea te persigue.

—Gracias por tu aviso—dijo Rodolfo.

—Pues bien; Protea y Teddy están ahí cerca, en el mesón del Gallo de Oro; hace media hora escasa que les he visto. Fingiéndome borracho he salido del mesón y me he apoderado del auto de tus amigos, y aquí estoy. Si nos apresuramos aún los cogemos en el mesón...

—¿Bravo, Leoncio!—dijo Rodolfo.

Y dirigiéndose a sus compañeros:

—¡En marcha, muchachos; la heroína es nuestra!

Y colocados en el auto partieron velozmente hacia el mesón del Gallo de Oro.

Al llegar hallaron la puerta cerrada. La noche comenzaba a tender su manto de obscuridades sobre la tierra y en silencio misterio, el paisaje era el solo testigo del desarrollo de los planes de Rodolfo.

—¡Eh, mesonero!—gritó uno de los bandidos.

—¿Qué se ofrece?—respondió el hombre, abriendo la puerta.

—Dos embaudineas que han comido en tu casa, hace cosa de una hora... ¿están aún aquí?—dijo Rodolfo.

—¿De quién habla usted?—preguntó el mesonero.

—Pronto, refresca tu memoria y aguza el entendimiento—rugió Rodolfo, sacando un revólver.—Hablo de una pareja; una mujer alta y un hombre bajo, que han comido en tu casa.

—Se marcharon—contestó, amedrentado, el pobre hombre.

—¿Pero cómo? ¿Hacia dónde fueron?...

—Me compraron dos caballos y salieron al galope hacia cosa de media hora; el que la mujer decía que iban a Malmort.

Rodolfo no quiso oír más; a una señal suya sus cómplices subieron con él al automóvil y éste partió con la velocidad del rayo, dejando tras sí una nube de humo y de polvo.

III

—¡Nos la han jugado buena!—decía, riendo, Teddy, que cabalgaba junto a Protea.

— ¡Ya nos la pagarán! — contestó la joven.

— ¿Cree usted, madama, que el que nos ha robado el auto tiene algo que ver con Rodolfo Renny?

— Estoy convencida de ello. A estas horas ya debe estar enterado de que le persigo y ha tratado de evitar que llegue al castillo de Malmort. Afortunadamente le prevenido a Francisco, el guardián.

— ¿Qué intentará ese bandido?

— Presumo que apoderarse del tesoro. Pero he tomado mis precauciones; por otra parte, la niña está segura en la Granja de los Manzanos. Pero, escuche...

A lo lejos se oía el rumor de un automóvil que avanzaba.

— Nos persiguen, Teddy — exclamó Protea. — ¡Al galope!

El auto de los bandidos se acercaba; los caballos de nuestros héroes corrían veloces, pero la distancia se acortaba rápidamente. Protea sintió silbar una bala y Teddy exclamó regocijado:

— ¡Ya estamos en Verdún!

— Salgamos de la carretera, Teddy. Pronto, sígueme. — Y Protea lanzó su caballo hacia la inclinada pendiente de la montaña.

Ya era tiempo. El automóvil llegaba al sitio donde nuestros amigos habían dejado la carretera.

— Maldición! — gritó Rodolfo. — ¿Se nos escapan!

Y empuñando su revólver disparó. Pero los dos compañeros estaban ya muy lejos.

— ¡Es inútil! — dijo uno de los cómplices del de Renny. — Han entrado en el bosque y no podremos alcanzarlos. Lo mejor es ir en busca de tu hermana y lo más pronto que podamos llegar a Malmort.

— ¡Hay que llegar a Malmort antes que ellos! — exclamó Rodolfo.

— ¡A Malmort, pues!

IV

La vieja residencia de Malmort estaba formada por un grupo de edificaciones de sólida construcción; los antiguos sillares, de piedra atenebrida por el tiempo, presentaban en sus juntas el verde brillante de musgos y parásitos centenarios. La torre del homenaje, cuadrangular y rematada por sobria crestería de ruinosas almenas, se alzaba majestuosa dominando el valle y destacándose sobre el fondo grisáceo de la montaña; las manchas verdes, desde el verde negruzco de encinas y algarrobos, el gris de abetos y eucaliptos, hasta el verde alegre de tonos claros de las matorras y castaños, rodeaban el conjunto gigantesco de la antigua fortaleza, morada un día de feudales tiranos, mansión después de los señores de Tarazona y guardador misterioso ahora de un tesoro que despertaba las ambiciones de Rodolfo Renny y de los suyos.

Francisco, el fiel guardián del castillo, era el prototipo de esos servidores abnegados, para los que no hay más autoridad que la de sus amos ni más mundo que el de su servicio, ni más dicha que la fidelidad. Al liquidar todos sus bienes Santiago Robert de Tarazona, cedió el castillo y con él a Francisco.

Habitaba éste una casa situada cerca de la verja que daba acceso al parque del castillo.

El buen viejo, viudo y sin hijos, vivía solo en su casita, pensando en los tiempos esplendorosos en que en el parque sonaban las trompas de caza, ladraban los perros de la bien cuidada jauría y en el patio se reunía la nobleza del país, convocada frecuentemente por los condes de Tarazona que gustaban de ofrecer a sus amigos la espléndida diversión de grandes bestias cinegéticas.

Aquella noche el buen Francisco estaba apesadumbrado; había sabido la muerte de su amo, el último conde de Tarazona, que allí abajo en lucha con los enemigos de la patria había dado su vida en sublime sacrificio de su riante juventud.

Francisco había recibido un telegrama que le hacía meditar:

«A nadie revele secreto del tesoro. El Conde ha dejado hija heredera. Testamento roñado. Vigila. Llegaré pronto al castillo.—PROTEA.»

—¡Protea!—exclamó, tratando de recordar.—¿Será la célebre heroína?

Un ruido imperceptible hizo salir al viejo de su abstracción. Escuchó atentamente pero nada volvió a oír.

De pronto, se abrió la puerta; violentamente penetraron en la sala varios hombres y una mujer; eran Rodolfo, Eva y sus cómplices, que abalanzándose sobre el guardia le redujeron a la impotencia.

—No resistas, Francisco—dijo Rodolfo.—Ya sabes que nos conocemos. Más te vale ser buen amigo mío...

—Señor Renny —balfuceó el viejo, reconociendo al primo del Conde.

—Sí, yo soy—respondió Rodolfo.—He venido a pedirte un favor y ofrecerte en cambio una buena recompensa. Dime el secreto del tesoro y te haré rico.

—Señor—gimió el buen Francisco—bien sabe usted que este secreto no me pertenece...

—¿Quieres hacerme perder tiempo?—rugió el de Renny.—De sobras sabes que conozco el castillo y que aun que deba registrar piedra por piedra sabré encontrar lo que quieres ocultarme... Tu silencio será inútil y perjudicial para ti.

—Señor—dijo el guardia firmemente—soy un pobre viejo; pero no puedo traicionar a mi señor. Nada puedo decir y nada diré.

—Es tu última decisión?—exclamó Rodolfo fuera de sí.

Francisco no respondió, pero en la expresión enérgica de su noble semblante se leía claramente su firme resolución de no manchar su vida con una infame traición.

Rodolfo no esperó más; recordó que bajo la casa del guarda había un profundo subterráneo del que no era posible escaparse; buscó en la habitación y halló la trampa que conducía al sótano.

Hizo una señal a sus secuaces y pronto el abnegado servidor de los Tarazona se veía encerrado en el tétrico foso.

Eva, que había subido a una de las piezas altas de la casa, penetró en aquel instante.

—A los lejos se divisan dos jinetes—exclamó.—Han dejado la carretera de Roubin y han tomado el atajo de Malmort. Van en caballos blancos...

—¡Son ellos!—exclamó uno de los cómplices de Rodolfo.

El de Renny reflexionó.





— Esperad—dijo al fin.—Tengo un plan. Voy a convertirme en el fiel servidor del conde de Tarazona.

Una carcajada acogió la ironía del bandido y comenzó la transformación. Una peluca blanca, un bigote recortado, algunas arrugas hábilmente pintadas y la roga del viejo Francisco, habían dado al de Renny el aspecto del honrado guardián de la histórica mansión.

—¿Estoy bien?—dijo sarcásticamente.

Y al adoptar una posición en consonancia con los años que representaba y su cargo de guardián, lanzó en uno de los bolsillos un papel. Era el telegrama de Protea.

—¡Ah, canalla!—exclamó después de haber leído.—¿Conque telegramas de ayuso?—Señora Protea, vamos a vernos las curvas...

La campana de la verja había sonado.

—¡Pronto!—dijo Rodolfo.—¡Ocúltalos!

Eva y los cómplices obedecieron y Rodolfo se dirigió lentamente, encorvado y arrastrando los pies, hasta la verja del castillo.

—¿Qué queréis?—preguntó a Protea y a Teddy, que eran los que habían llamado.

—Es usted Francisco?—preguntó Protea a su vez.

—Eso es mi nombre—dijo el de Renny.

—¿No habéis recibido un telegrama?

—Sí, señora—contestó el falso guardián.—¿Acaso es usted Protea?

—Protea soy—afirmó la heroína.

El de Renny abrió la verja.

—Pase adelante, señora—dijo, haciendo una hipócrita reverencia.

Y nuestros dos héroes confundidos siguieron al guardián.

Sin saberlo, Protea y Teddy se metían en la boca del lobo.

TERCER EPISODIO

LA BOVEDA INFERNAL

I

El de Renny condujo a los dos compañeros a la casa del guarda; hizo entrar y con el pretexto de cuidar de la colocación de las cabagaduras les dejó solos.

A poco volvió y se sentó junto a la chimenea, en la que varios troncos ardían con alegre chaporroteo.

Diga, señora—balbuceó el falso servidor, haciendo su voz temblorosa.—¿Podría usted contarme algo de la muerte de mi pobre señor?

La emoción parecía embargar al anciano. Sacó de su bolsillo un pañuelo y enjugó las lágrimas que humedecían sus ojos. Teddy se sintió conmovido. Pínicamente relató la trágica epopeya del de Tarazona; las granadas estallaban ruidosamente, una aterradora lluvia de fuego y de metralla removía la tierra desolada levantando cegadoras nubes de

polvo y de humo... Allí caía un hombre destrozado, más abajo un grupo quedaba sepultado entre un montón de escombros... Todos gritaban y cuardocidos salían de las trincheras para lanzarse al feroz ataque, buscando en las tinieblas al bárbaro enemigo... Avanzaban enloquecidos, cegada la vista por la densa atmósfera... Entonces, en aquel ataque épico, grandioso, había caído el Conde, el buen Santiago Robert, como se le nombraba en la compañía.

—En, consuélese usted—dijo Protea.—Piense usted en que dió la vida por la patria y en que los que aquí le llamamos hemos de defender a su heredera.

—¡Ah, señora!—respondió el de Renny, dando a su voz conmovedoras inflexiones.—¡Qué hermosa es vuestra alma y cuán grande su abnegación!...

Hubo una pausa. Todos parecían sumidos en sus propias reflexiones.

—¿Y dice usted, señora—dijo el de Renny, rompiendo el silencio—que mi señor ha dejado una heredera?... ¿Dónde está?

—Ese es mi secreto—contestó riendo la heroína.

—Supongo—dijo Teddy—que podrá usted ofrecernos hospedaje; estamos rendidos y le aseguro que soy a dormir como un leño.

—En el castillo podrán ustedes alojarse... Hay en la vieja mansión de Tarazona cámaras regias que habrán de ser para ustedes el mejor hospedaje.

A Protea le pareció observar una misteriosa reticencia en las palabras del guardián, pero pronto disipó sus temores y siguió al viejo que les guiaba al castillo.

Si nuestra heroína hubiera vuelto la cabeza, hubiera sorprendido a Eva y a los cómplices de Rodolfo que la espían.

II

Seguendo los pasos del de Renny, que portó empeño en hacerlos tardos y vacilantes, nuestros dos amigos llegaron al castillo. Penetraron en el amplio portal y a la luz del farol con que el guardián destilaba a medias la tenebrosa oscuridad, recorrieron varias salas y pasillos de la planta baja, subieron una amplia escalera y penetraron en una vasta estancia suntuosamente amueblada.

—Aquí podrá descansar la señora—dijo melosamente el de Renny.

Protea examinó la habitación: era amplia, enorme. De las paredes pendían antiguos tapices; los muebles de roble tallado eran ricas muestras del arte de los ebanistas del siglo xiv y xv. Sobre un arco de talla primerosa, varias figuras de porcelana antigua, y junto al lecho, enorme y pesado, de roble macizo con soberbio dosel de damascos, una delicada mesa de marquetería servía de base a un candelabro de hierro forjado.

Los trozos de pared que no ocultaban los tapices, revelaban que la piedra de los muros no había recibido en aquella habitación la caricia profanadora de estucos ni repellos.

La heroína, sin saber por qué, sintióse sobrecogida ante el aspecto de la habitación; aquellas muestras de un arte muerto, remembranza de usos y costumbres desaparecidos, eran una evocación de algo íntimo y anhelado. Mas, pronto se tranquilizó y la energía y serenidad de espíritu vencieron las medrosas impresiones.

—Gracias, buen Francisco—dijo Protea.—Y ahora, acompáñe a Teddy a su habitación. Los dos necesitamos descansar.

III

Cuando Protea quedó sola, volvió a examinar atentamente cuanto la rodeaba. A lo lejos se oían los vacilantes pasos del guardián y los firmes del amigo Teddy que se alejaban.

Acercóse Protea a la ventana y hallóla protegida por fuerte reja y por recio postigo; la puerta era asimismo gruesa y maciza y el cerrojo de hierro daba una sensación de seguridad.

Contempló los tapices, los muebles, y poco a poco la tranquilidad renació en su espíritu.

Sin embargo, sólo se despojó de su chaqueta de pana y se acostó vestida con su traje de hombre.

Había retirado del vestido una cartera, que ocultó en su seno, y después de su último examen preparóse a dormir descansando de las fatigas de una marcha penosa y agitada.

Aun se levantó; un resto de temor le hizo preparar su revólver, poniéndolo sobre la mesita al alcance de su mano, y el recuerdo de la niña que había confiado a unos granjeros, le hizo releer una carta de éstos que había recogido a su paso por Roulin. En esta carta se le daban buenas noticias de la niña y se expresaba el deseo de que pronto volviera Protea.

Y pensando en su tierna protegida, a la que pronto daría posesión de su legítima herencia, la heroína quedóse profundamente dormida.

El silencio reinaba en el castillo. Fuera, en la selva inmensa, el viento soplabá con violencia, silbando siniestramente al pasar entre las ramas y las hojas de los árboles centenarios. Todo parecía dormir.

Y sin embargo Rodolfo y sus cómplices velaban, vigilando atentamente el desarrollo de sus maquinélicos planes.

En la habitación de Protea se oyó un crujido; la heroína se despertó escuchando atentamente. De pronto, el rico dosel de su lecho se desplazó de su normal posición y descendiendo rápidamente aprisionó a la joven.

—¡Teddy! ¡Teddy!—gritó desesperadamente.—¡A mí!

Pero ya no pudo gritar más. El enorme peso la asfixiaba... Después sintió que se movía y bajaba, bajaba siempre.

En vano trató de librarse del suplicio horrendo a que parecían condenarla sus misteriosos enemigos. Sus fuerzas la abandonaron y la heroína perdió el sentido.

Cuando más tarde volvió en sí, hallóse tendida sobre un pavimento húmedo y frío en una cámara de desnudas paredes y cuyo techo estaba formado por una bóveda de piedra.

Había caído en poder de los que ambicionaban usurpar la herencia del de Tarnacón.

Protea reflexionó sobre su situación. Serenamente, con toda la sangre fría conque examinaba los peligros, estudió concienzudamente su prisión; pasando sus manos sobre las paredes, introduciendo las uñas por los resquicios de las juntas comprendió que la macmorra era sólida tanha donde tal vez debían terminar sus hazañas.

Repentinamente oyó un sordo rumor: en la tenebrosa oscuridad le pareció distinguir que la bóveda que servía de techo a su calabozo descendía lentamente. El rumor se acentuaba y pronto la masa petrea tocó la cabeza de la joven.

El momento era angustioso; la pesada piedra descendía sin cesar. Protea, de rodillas, no confiaba en su salvación y zaceramente rogaba a Dios por el triunfo de su causa.

La muerte descendía lentamente, inexorable.

IV

Conducido por el falso guardián, Teddy había recorrido otras estancias del castillo, y cruzando salones y pasillos, subiendo y bajando escaleras, había llegado a una habitación.

—Aquí es—había dicho el guía.

—Bravo, buen hombre—exclamó el alegre compañero de Protea, entre hostero y restregón de ojos.—Le doy las gracias y le ruego a usted que me deje dormir.

—Si algo desea usted...—dijo hipócritamente el de Renny.

Sólo una cosa; que me deje usted solo.

Y el falso Francisco se retiró haciendo saludos y reverencias.

Teddy no se preocupó de examinar la habitación ni los muebles que le rodeaban; todo le parecía infinitamente mejor que el lecho de tierra de las trinchetas, y sin que tratara de describir su alojamiento, la cierto era que estaba convencido de que ningún monarca lo tenía más suntuoso.

Acercó su pipa a la llama de una bujía y se sentó en una amplia butaca pensando en desahogarse. Pero el sueño le rondó; ladeó el cuerpo, puso una pierna sobre el brazo del sillón y en posición tan cómica como poco académica se quedó dormido, tan dormido como un leño según su propia frase.

Pero Teddy estaba acostumbrado a que un dormir profundo no le impidiera enterarse del menor ruido.

En el piso superior se oyó un grito; después un chirrido estridente como de algo que se desliza o que corre sobre guías mal engrasadas. Luego el silencio volvió a reinar en el castillo.

Teddy despertó y de un salto se puso en pie.

—Hubiera jurado que Protea llamaba—dijo para sí, después de escuchar atento sin oír el más mínimo rumor.

—¿Estaré soñando?—se dijo riendo.—Veamos.

Y decidido a salir de sus dudas se dirigió a la puerta. Intentó abrirla y la halló cerrada; no había duda, en el castillo lea preparaban una emboscada.

—¡Ah, malandrines!—¿Conque esas tenemos?...—dijo alegremente el soldado.

Teddy era fértil en recursos. Si no podía salir por la puerta, saldría por la ventana.

—¡Caracoles!—exclamó, después de mirar al exterior.—Está más alto que lo que yo creía.

Pero nada era imposible para el compañero de Protea; con el auxilio de una cuerda que llevaba siempre enrollada en su cintura hizo un lazo

Con vigoroso impulso, aguantándose en el marco de la ventana con una mano, con la otra lanzó la cuerda, que después de describir una caprichosa trayectoria quedó sujeta a las ramas de un árbol que sombreaba en aquel lugar los muros del castillo. Teddy tiró fuertemente de la cuerda y se aseguró de que estaba bien sujeta; después se lanzó al espacio y cuando el movimiento pendular de su cuerpo asido de la cuerda fué menos intenso dió un salto prodigioso: se halló en el parque del castillo.

V

—¡Cerrojos a mí!—dijo el alegre joven.—¡Hubiera tenido gracia que me hubiera dejado amilanar por vuelta de llave más o menos! Pero, ¿y Protea? ¿Dónde estará mi madrina?

Era necesario buscarla; Teddy sacó su revólver y desfilándose cuidadosamente junto a las paredes llegó a la puerta del castillo; empujó, pero la puerta no cedió. Era preciso buscar otra entrada.

A punto estaba de llamar cuando le pareció oír voces: rápidamente se ocultó. Por un postigo que Teddy no había visto salían varios hombres y una mujer.

Hablaban animadamente y de cuando en cuando una escrajada sonora daba a entender que los desconocidos estaban de buen humor. A paso lento se encaminaron hacia la casa del guardián y Teddy, sorprendido, escondiéndose como podía en las salientes del edificio y tras los troncos de los árboles, siguió a los misteriosos personajes.

Al llegar a casa de Francisco abrieron la puerta y penetraron en su interior. Teddy se acercó con precaución y miró por el ojo de la cerradura.

Los desconocidos rodeaban una mesa y parecían examinar varios papeles que la mujer sacaba de una cartera.

—¡La cartera de Protea!—dijose Teddy, reconociéndola y sin poder contener su emoción.

Teddy se dominó: los desconocidos hablaban y sus palabras llegaban distintamente a los oídos del ahijado de la heroína.

—Oye, Rodolfo—dijo uno de los bandidos.—¿Estás seguro de que no podrá escaparse?

—De esta cámara no sale nadie—contestó el interpelado.—No creo que Protea tenga un poder infernal que le permita horadar la piedra o resistir el peso de la bóveda.

—¿Y el otro?—dijo Eva.

—Mañana le abriremos la puerta y le diremos que se vaya. Si no quiere hacernos caso, tanto peor para él.

—Mirad—exclamó la hermana de Rodolfo, mostrando una carta que había hallado entre los papeles de Protea.

Los bandidos examinaron la carta y dieron muestras de alegría; las voces eran entonces más confusas y Teddy no entendía lo que decían. Además, el convencimiento de que su madrina había sido víctima de los manejos de aquellos canallas le dejaba anonadado.

Pero pronto recobró su energía. Uno de los cómplices de Rodolfo había recibido su encargo, sin duda muy urgente, y se preparaba a salir de la casa.

Teddy se ocultó. Cuando el bandido se hubo alejado, nuestro héroe pensó que si le seguía y le atacaba tal vez conseguiría saber algo de su madrina y decidió a poner en práctica su idea cubrió en seguimiento del cómplice del de Kenny.

— ¡Ya te tengo, comalla! — exclamó a poco, lanzándose de improviso sobre el desculdado truhán.

La lucha fue breve. Teddy, más ágil que el bandido y con fuerza que su raza centuplicaba, pronto redujo a su enemigo y ligándolo con su propia faja al tronco de un árbol.

— ¡Dame, granuja! — gritó. — ¿Dónde está Protos? ¿Qué habéis hecho de ella? — ¡Contesta!

El bandido temblaba como un azogado.

— ¡Yo no he sido! — balbuceaba. — Nada sé!

— ¿Conque no sabes nada? — dijo Teddy, apuntando su revólver al pecho de su prisionero.

— ¡Por favor!... Yo lo diré todo... Protos fue encerrada en la cámara de la bóveda infernal, y a estas horas... debe estar muerta.

Teddy no pudo contenerse; lanzó una imprecación y partió de nuevo hacia el castillo, decidido a atacar a los bandidos y a vengar a Protos aun a costa de su propia vida.

VI

Cuando Francisco se repuso del golpe recibido al caer en el sótano donde los bandidos le habían encerrado, hizo un esfuerzo para senarar su espíritu. Fundiéndose en él, alzó en alto los brazos y en energético gesto de amenaza lanzó contra Rodolfo las maldiciones en que resumía todo el odio de su conciencia honrada hacia la maldad de los usurpadores.

Francisco, que conocía todos los secretos del castillo, recordó que hacia muchos años en aquel sótano había existido una puerta que conducía a la cripta donde reposaban los restos de los antiguos señores de Tarazona. La puerta que daba a un pasillo ruidoso había sido tapiada con objeto de convertir el sótano en bodega, proyecto que más tarde fue abandonado.

El guardián del castillo buscó el tabique y no tardó en hallarlo; en el sótano, entre cien objetos abandonados, encontró una pequeña hacha y con ella comenzó a practicar en la tapia un hueco por donde pudiera salir al pasillo.

Uno a uno fueron cayendo los ladrillos; a poca, la luz penetró en el subterráneo y pronto Francisco pudo pasar su cabeza primero, el cuerpo después. Estaba libre.

Cautelosamente avanzó, arriestrándose, por el pasillo; salió a una cueva abierta bajo la cripta y subiendo a unos pedras que en forma de tosca escalera se amontonaban junto a un muro, oprimió un resorte invisible. Uno de los sillares giró alrededor de una de las aristas y Francisco se halló, después de entrar por el hueco que la piedra dejara, en la tenebrosa cripta, solenne palacio mortuorio de la familia Tarazona.

La cripta estaba formada por varios recintos abovedados; las bóvedas aparecían sostenidas en los extremos de sus aristas por columnas de amplio basamento, fuste de mocho cilindro y capitel labrado en que el arte

del escultor había representado en armónico conjunto de arcos y figuras simbólicas de la mutabilidad de la vida y la grandiosidad solemne de la muerte.

Entre las columnas se hallaban las tumbas de los señores de Tarazona. Uno de los funebres monumentos llamaba la atención entre los demás: sobre una masa de mármol, en el que habían esculpido escenas guerreras, aparecía la estatua yacente de un guerrero; la férrea armadura representada en blanca piedra, el yelmo, del que la ysera levantada dejaba al descubierto un rostro de varonil belleza, los brazos y piernas recubiertas por los acorados pedruscos, las manos que protegidas por el guante de maila descansaban sobre el corselete de la cuiraza, sosteniendo la noble cimera, eran solemne evocación de siglos de grandeza y de barbarie. Era aquella tumba la de Gastón de Tarazona, fundador en el reinado de Carlos el Temerario, el poderoso duque de Borgoña, del castillo de Malmort.

Al lado, en artística urna funeraria, escultura del siglo XVI, reposaban los restos de Brunilda de Malmort, Señora de Roabin y esposa del primer conde de Tarazona. Y aquella tumba y las de Roberto de Renny, de Segismundo de Roubaix, del príncipe de Jonley y las de tantos y tantos que en olvidadas centurias fueron honra y preo de la nobleza bretona, parecían páginas arrancadas de una historia que sus viejas esculturas revivían.

Francisco se detuvo; aún acostumbrado a la contemplación de la solemne grandeza de la tumba de sus señores, en aquella ocasión parecía la estatua del Conde más solemne, más grandiosa. Por un momento creyó que la estatua se movía y que una voz grave y reposada alababa su heroísmo y glorificaba su fidelidad.

Acorde a la tumba del conde Gastón y arrodillándose y apoyando su frente sobre el frío mármol balbuceó una oración.

En el silencio de la cripta resonó débilmente una voz, un lamento angustioso que parecía salir de detrás de una media columna adosada al muro.

Francisco escuchó. No había duda: alguien pedía socorro.

—¡La cámara de la bóveda infernal!— exclamó el anciano, recordando la misteriosa mazmorra de Malmort, y acercándose a la columna apoyó su mano en el labrado capitel.

La columna giró sobre una de las generatrices de su fuste y dejó al descubierto una estrecha escalera labrada en la piedra. Francisco se precipitó y subiendo por ella llegó a una trampa practicada en el pavimento de la cámara. Empujó y vio alguien que luchaba en vano por librarse de la espantosa presión de la bóveda gigantesca.

VII

—¡Eh, por aquí!— gritó el buen hombre.

Proten, pues ella era la que iba a sucumbir bajo el peso de la bóveda infernal, arrastrándose se introdujo por la trampa que milagrosamente le arrancaba de las garras de la muerte, y yo en la angosta escalera siguió al viejo Francisco hasta la cripta.

Proten respiró. Se había librado de la muerte y aun que se hallaba

frente a un misterio, lo esencial era que vivía y que estaba en disposición de luchar combatiendo a los que trataban de arrebatár a Margerita su tesoro.

A la débil luz que penetraba por una ventana pudo contemplar Protea a su salvador, y cuál sería su sorpresa al reconocer en él al que se decía guardián del castillo de Malmort.

— Explíqueme usted ese misterio — dijo la heroína. — ¿Quién es usted?

— Soy Francisco, el guardián de Malmort. Rodolfo Renny me encerró en un subterráneo del que he podido salir llegando hasta aquí. Oí los lamentos de usted y conocedor del misterio de la cámara infernal y sabiendo que existía una entrada secreta que a ella conducía, he conseguido librar a usted de la muerte.

— Pero... ¿y el otro... el que me dijo que era Francisco... el que me enseñó el telegrama que yo puse?...

— Ah, villano! — dijo el buen Francisco. — Rodolfo Renny se ha hecho pasar por el guardián del castillo!...

Protea escuchaba asombrada. La audacia y la astucia infernal del bandido habían desconcertado sus planes y era necesario, ante todo, recuperar la libertad.

— Yo soy Protea! — exclamó de pronto dándose a conocer al guardián. — Es preciso que me ayude a escapar para seguir luchando contra el de Renny y dar posesión a la heredera del Conde del tesoro de su padre.

— Ah, señora! — dijo Francisco. — A nadie revelaré el secreto del tesoro; pero soy viejo y es preciso que en alguien deposite ese misterio. ¿Quiere usted, señora, conocerlo?

— Sea — contestó la heroína.

La relación fué corta y en pocas palabras Francisco descubrió a Protea el sitio donde se hallaba la codiciada riqueza y el modo de llegar a él.

— Ahora — continuó el anciano — sígame y obedezca sin miedo.

El guardián llegó hasta la tumba del conde Gastón de Tarazona. Apoyó su cuerpo en una de las caras del basamento, la sepultura se deslizó desplazándose en un suave movimiento de traslación y dejó al descubierto una abertura.

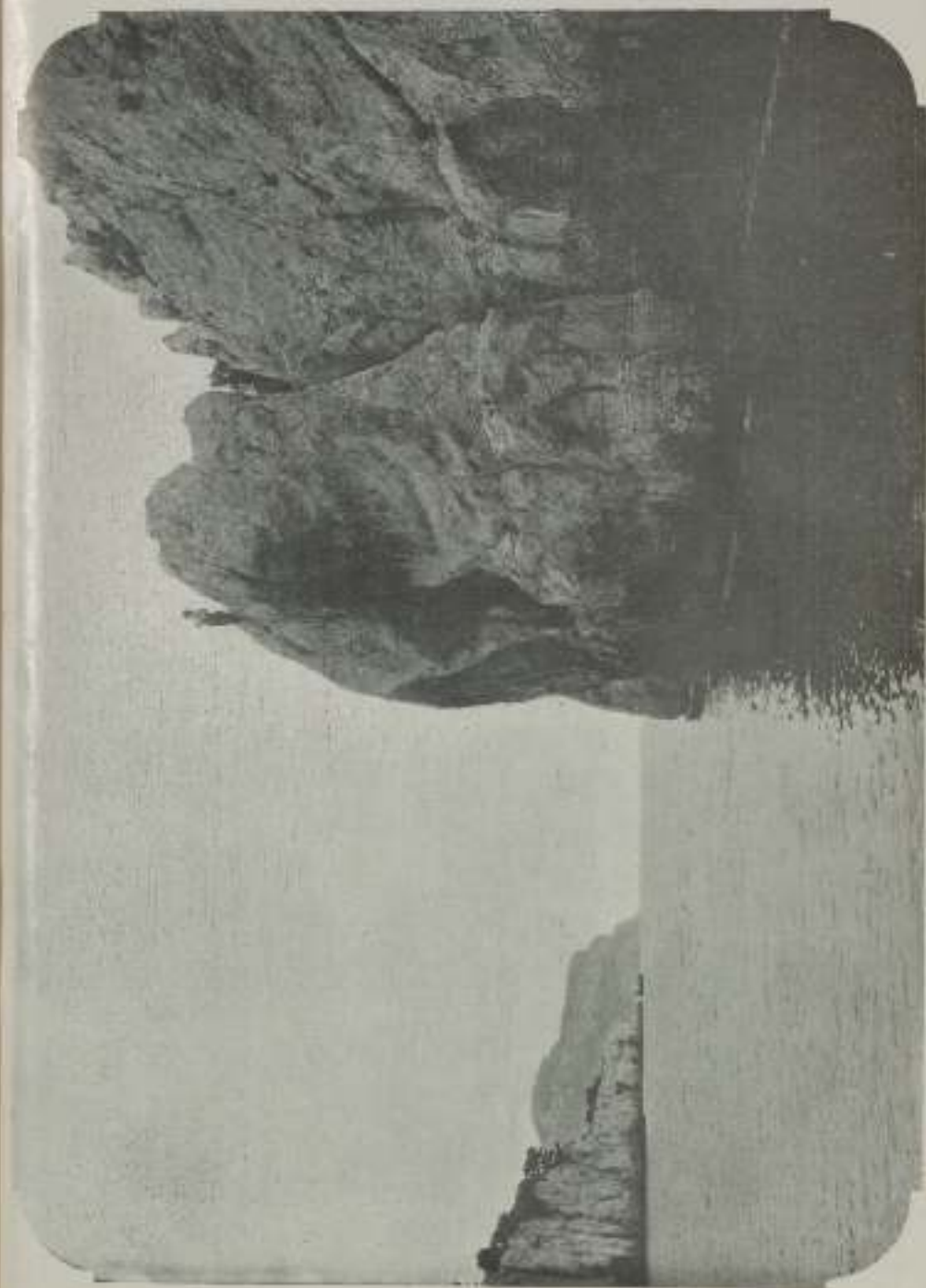
— Tirese sin miedo — dijo Francisco. — Caerá usted en una cueva; en el fondo de ella verá usted una verja. Con un pequeño esfuerzo podrá usted abrirla. Saldrá usted a unas rocas... abajo está el mar.

La heroína estrechó cariñosamente las manos de Francisco y se lanzó en las tinieblas de la entrada de la cueva.

El viejo Francisco no había mentado; Protea se halló en una cueva, de la que el suelo arcoso había amortiguado los efectos de la caída; la cueva estaba abierta en peña viva, sobre la que se asentaban los cimientos de una de las partes de la vieja mansión de Malmort.

En el fondo de la cueva Protea vió la reja de que el buen guardián había hablado. Fue hacia ella; el tiempo y la humedad habían empujado el hierro de los goznes y la joven hubo de apelar a todas sus fuerzas para abrir.

Cuando salió se halló en lo alto de una costa de inhospitalarias abruptedades. Allí, abajo el mar inmenso, luminoso y tranquilo le brindaba el solo camino de su libertad.





Y Protea no pensó más. Anudó a su cabeza un pañuelo y adelantando los brazos se lanzó al espacio y cayó al mar.

CUARTO EPISODIO

EL HEROICO TEDDY

Hemos dejado a Teddy disponiéndose a sorprender en la casa del guarda a los bandidos, que entre charigotas y carrañadas celebraban su triunfo y se preparaban a continuar la campaña en busca del tesoro de Malmurt.

El alijado de Protea corría velosamente; sólo ansiaba vengar a la heroína a quien creía muerta. No creía la magnitud de la empresa y confiaba en su buena suerte y en la nobleza de su causa.

— ¡Son muchos, pero yo valgo más que todos juntos! — se decía en tanto que se acercaba a la casa de Francisco.

Al hallarse frente a la casa su corazón latía con violencia. Se acercó a la puerta y procurando no hacer el menor ruido miró al interior; los bandidos continuaban alrededor de la mesa comiendo alegremente el triunfo de sus infames planes.

Teddy comprendió que debía vencer por sorpresa; era necesario un golpe de audacia, y sin vacilar, decidido a todo, el heroico compañero de Protea empuñó el revólver y entró en la casa.

La entrada del inesperado vengador produjo el efecto deseado. Teddy, de espaldas a la puerta, apuntando sucesivamente a cada uno de los bandidos, revelaba en su actitud, en la expresión enérgica de su semblante que estaba pronto a disparar el revólver.

El primero en reaccionar fue Rodolfo; a su vez empuñó un revólver y ya iba a hacer pagar a Teddy su heroica osadía, cuando una hábil maniobra del soldado hizo caer al de Kenny.

Teddy venció. Se había apoderado del arma de Rodolfo y el ataque era más fácil para él.

Los bandidos levantaban los brazos en alto y en su rostro se leía el miedo que la expresión de firmeza y valor de Teddy les producía. Eva, ocurrida en un rincón de la estancia pensaba en huir; Teddy la divisó.

— ¡Eh, buena pieza! — gritó, dirigiéndose a la hermana de Rodolfo. — ¡Seve para algo! Vas a atar uno por uno a esos rufianes.

Y lanzó, en rápido movimiento, a la aventurera, un rollo de cuerdas que había visto al alcance de su mano; un solo momento, el empleado en lanzar la cuerda, pareció haber perdido el dominio sobre sus enemigos. Pero pronto volvió a dirigir contra ellos los cañones amenazadores de las armas.

Eva dudaba. En los ojos de Teddy brillaba la siniestra luz de su heroica resolución; en las pupilas de los villanos el fuego de un odio co-

barde, de un temor a la muerte por el que eran capaces de las mayores bajezas.

Y la hermana de Rodolfo pensó que con tales hombres no era posible resistir el valor suicida del heroico compañero de Protea... Lentamente comenzó a atar las manos del de Renny.

—¡Ea, pronto!—gritó nuevamente Teddy, en tanto que avanzaba amenazador.

De un fuerte empujón había separado la mesa descubriendo la trampa de la cueva.

—¡Ahíe!—rugió el vengador, dirigiéndose a uno de los bandidos.

Y como al ser obedecido, Rodolfo estuviere ya atado, Teddy, sin perder de vista a los otros bandidos, con una enérgica contracción de su pierna apuñó al de Renny tal puntapié que el villano rodó por el suelo cayendo a la cueva. Y en la propia forma consiguió encerrar uno tras otro los tres bandidos que quedaban en la estancia.

Faltaba Eva. Teddy la miró y en sus ojos pudo leer la aventura un instante, una duda, una vacilación.

Eva creyó poder aprovechar el momento. Pero el gesto de la aventura fue visto por Teddy en quien desapareció toda duda.

Eres mujer—dijo—pero serías digna de ser reptil... ¡No hay compasión para tí!

Y cogiéndola en sus brazos la arrojó a la cueva.

El vengador había triunfado. Tranquilamente cerró la trampa y amontonó sobre ella todos los muebles de la casa. Después, sonriendo por su triunfo, encendió su pipa, salió al parque y dando dos vueltas a la llave de la casa, marchó... Tenía un proyecto: ir a buscar al bandido que dejara atado a un árbol y hacerle declarar dónde guardaban el automóvil de Protea.

II

Una sorpresa aguardaba al ahujado de Protea: al llegar al árbol donde poco tiempo antes había dejado amarrado al bandido, éste había desaparecido.

—¡Rayos y truenos!—exclamó el soldado.—Habrá que creer en que las brujas ayudan a esos canallas.

Pero en Teddy el desahucio duraba poco tiempo; su eterna alegría y su optimismo inagotable triunfaba siempre. Era necesario dar con el bandido, que por otra parte no podía estar muy lejos.

Buscó y en el suelo halló la faja que le había servido para atar al cómplice de Rodolfo. En el suelo se veían claramente las huellas recientes de las pisadas del fugitivo y Teddy, castreando como un perro siguió la pista.

Bien pronto divisó a lo lejos al villano y nuestro héroe estuvo a punto de lanzar una exclamación de alegría al ver junto a su perseguido el automóvil de Protea.

Teddy apresuró el paso. El bandido terminaba el examen del coche y se preparaba a poner en marcha el motor; ya se oían las acompasadas convulsiones de la máquina, y el villano, en el asiento, tenía sus manos en el volante, cuando Teddy sólo tuvo el tiempo necesario de agarrarse

a la parte trasera del auto y encaramarse, gracias a un prodigioso esfuerzo de su incabable agilidad.

El auto marchaba a velocidad moderada; el improvisado «chauffeur» lo conducía a través de árboles y malezas en dirección de la carretera y al llegar a ella cambió de marcha y se lanzó vertiginosamente por la blanca vía. Teddy aprovechó el momento. Audazmente se lanzó sobre el bandido y después de una corta lucha, en que la máquina en peligroso movimiento de zig-zag a pique estuvo de estrellarse cien veces contra los arbores de los bosques lindantes, consiguió hacerse dueño del volante y lanzar al cómplice del de Renny sobre el polvo de la carretera.

Y mientras el alegre Teddy lanzaba una estridente carcajada de triunfo, el bandido, golpeado y maltrecho, levantaba su puño amenazador y miraba en las agrestes espesuras del bosque cercano.

III

El bandido se crujó; estaba cerca del refugio misterioso donde Rodolfo había dado a los suyos las primeras órdenes relativas del tesoro de Malmort. La casa de madera servía de centro de operaciones a la Secta Roja, y conocedora ésta de la aventura en que se hallaba comprometido uno de sus miembros, era de presumir que hallaría cerca de aquellos lugares algún cómplice de las hazañas de Rodolfo.

No se equivocó el villano. A las pocas pasos, un hombre a caballo le salió al paso.

—¿Eres de los rojos?—preguntó el bandido.

—Lo soy—dijo el otro.—¿Eras tú el que luchaba hace poco con un individuo en un automóvil? Os he estado viendo desde aquí y no comprendo como no os habéis estrellado...

—En efecto, milagro ha sido —repuso el villano. Y cambiando de tono:

—Es preciso que me dejes el caballo—exclamó.—Tengo órdenes muy urgentes que ejecutar... En cuanto a ti, mira de atajar a ese Teddy maldito... la carretera da aquí una gran revuelta; tienes tiempo sobrado de ir por la vereda y salirle al encuentro... Es Teddy el único que queda, porque de Protea dió buena cuenta Rodolfo Renny en el castillo de Malmort.

—Descuida—dijo el nuevo cómplice de Rodolfo, apeándose del caballo.—Teddy corre de mi cuenta. Y partió el uno, a caballo, para cumplimentar misteriosas órdenes y el otro a buen paso comenzó la subida de la vereda.

Pronto estuvo en la carretera; salió del bosque y escuchó. El bandido no se había engañado; el auto de Teddy se acercaba al punto en que terminaba la vereda que cruzaba el bosque.

Entonces el villano comenzó a caminar dando traspiés y recorriendo en graciosos vaivenes el ancho de la carretera.

Teddy redujo la marcha y toró la cabeza; el gendarme no hacía caso y continuaba interceptando el camino.

—¿Eh, borracho?—gritaba el soldado.

—¿Borracho yo?—contestó el otro, plantándose en mitad de la carretera frente al automóvil.

Por rápidamente que Teddy frenara, no pudo evitar que uno de los palafanes diera un golpe al impetuoso transeúnte, que pareció tambalearse y caer a efectos del daño recibido.

Teddy se lanzó a socorrer a quien creía su víctima y cuando estuvo junto al herido y arrodillado se disponía a auxiliarle, inesperadamente se halló aprisionado por unos brazos que le oprimían el cuerpo y unas manos que sujetaban las suyas hasta reducirle a la inmovilidad.

El herido había conseguido tumbar al pobre Teddy y éste luchaba revolcándose en el polvo e intentando librarse del peso que gravitaba sobre un cuerpo.

Pero la lucha era desigual, el ataque trágico del villano había surtido su efecto. Teddy no podía ya oponer ninguna resistencia y estaba a merced de su enemigo... El brazo de éste se alzó y el relampago brillante de una hoja acerada hirió la vista del ahijado de Protén.

IV

El viejo patrón de la barca «Notre Dame des Montagnes», la más marinera de la matrícula de X, había dado orden de virar.

— ¡Caza esa escota, muchacho! — gritaba a un hijo suyo que le acompañaba en sus campañas pesqueras.

Y al ver la destreza del grumete atada sacudiendo y dirigiéndose a los otros marineros:

— ¿Qué os parece? De tal palo, tal astilla...

Después el silencio reinaba en la barca: dos de los marineros arreglaban las cestas repletas de pesca; otro, a proa, miraba al cielo que se teñía con las sombras rojizas de un crepúsculo otoñal, y el viejo, atento a la caña del timón, lanzaba al aire espesas bocanadas del humo de su pipa.

— ¡Atención a proa! — gritó de pronto uno de los marineros.

— ¿Qué ocurre? — repusieron todos.

El que había dado la voz no respondió: su mirada se hallaba fija en un punto lejano, que señaló extendiendo un brazo.

— ¡Un naufrago! — dijo el grumete. — ¡Es un naufrago! ¡Oiga un poco, padre.

— ¡Bien está el rumbo! — dijo el marino que había señalado la novedad.

La brisa era fresca; el mar, en calma, parecía un inmenso espejo en que se reflejaban los últimos resplandores del día que moría. La barca surcaba majestuosamente la brillante superficie y se acercaba al punto donde alguien luchaba con la muerte.

— ¡Animo! — gritaron los marinos al hallarse cerca.

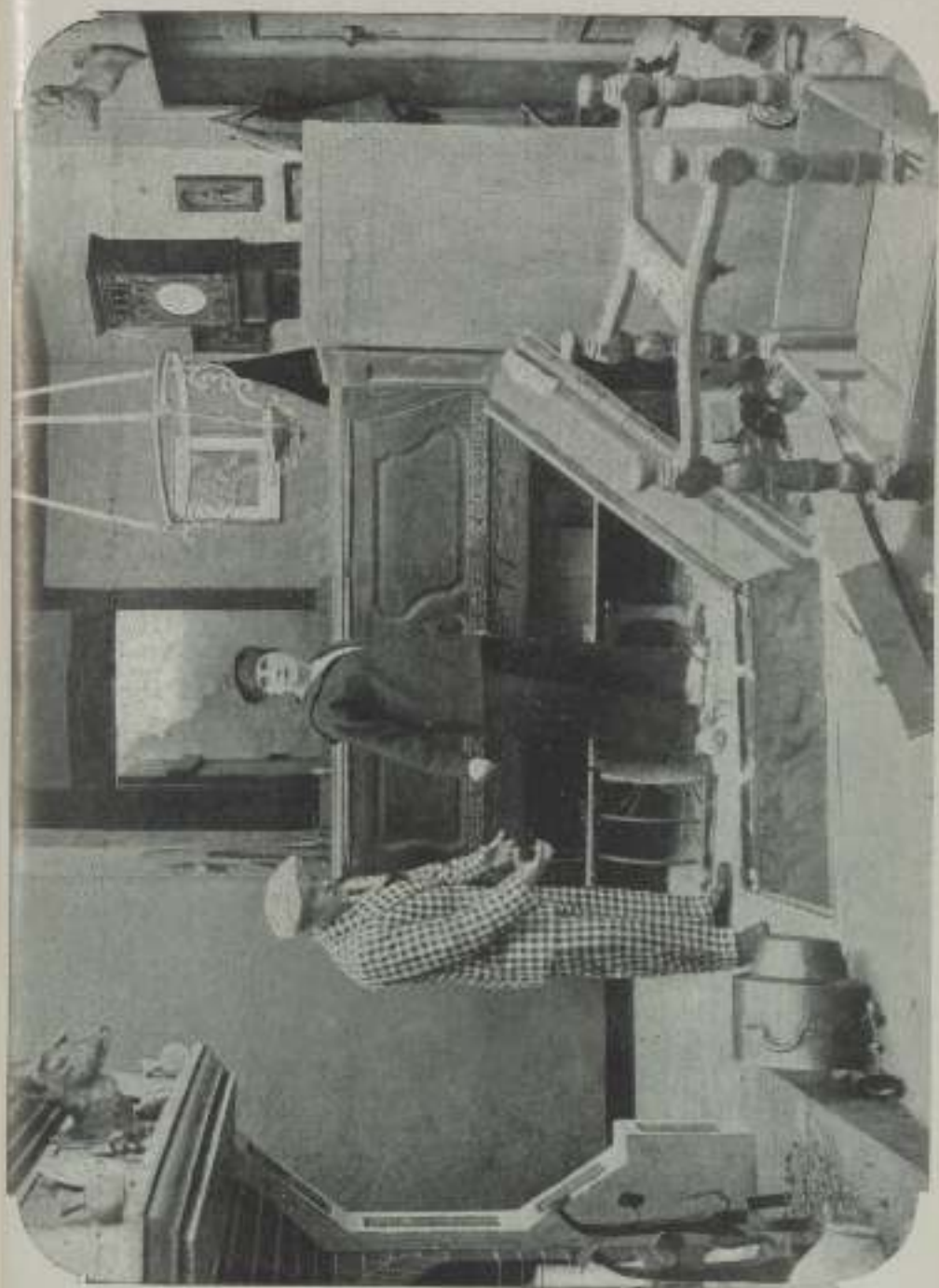
Pronto llegaron. Desde la barca asieron el cuerpo del naufrago, y después de algunos esfuerzos consiguieron meterlo a bordo.

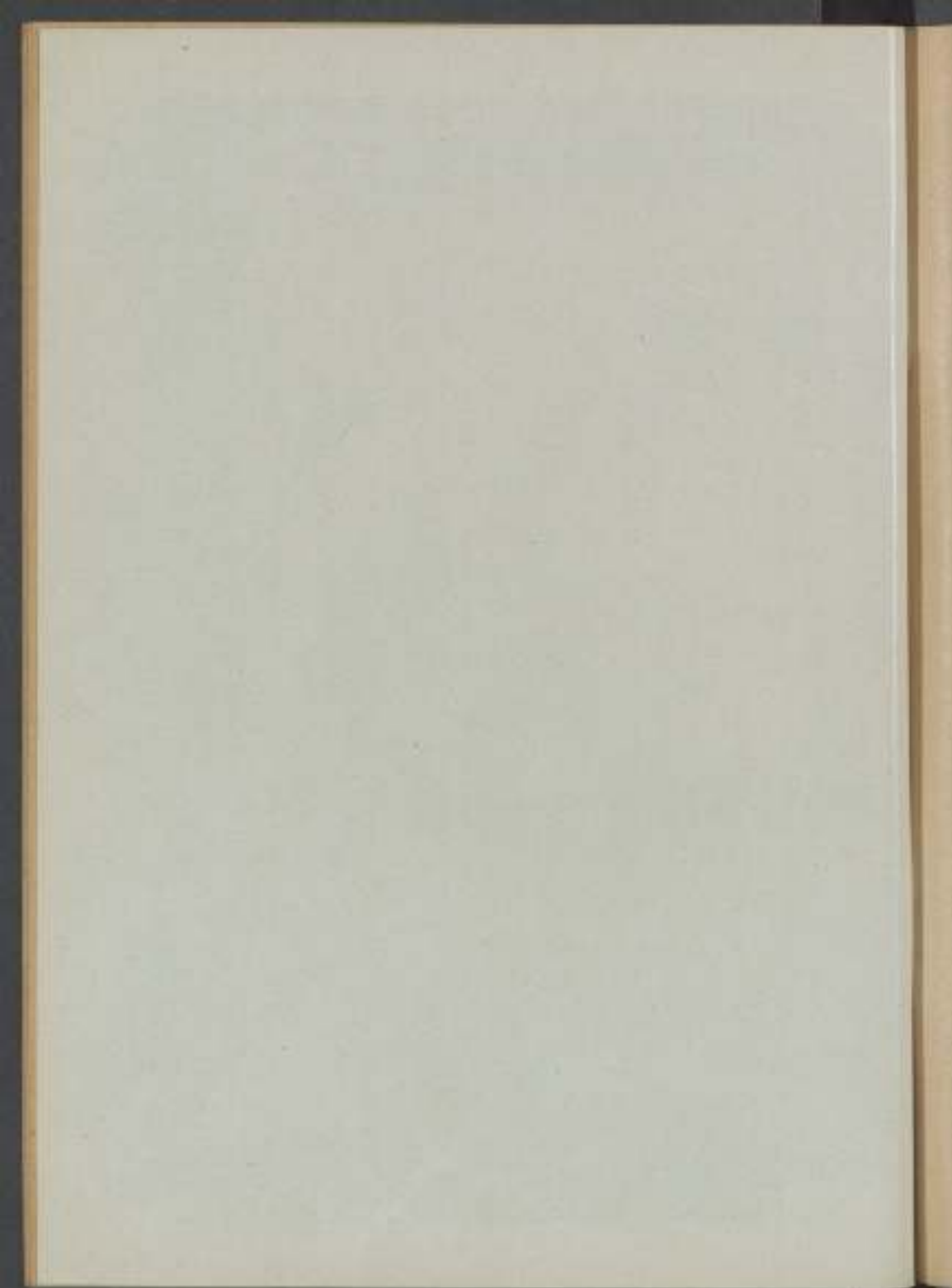
— ¡Calle! ¡Si es una mujer! — dijo uno.

— Vestida de hombre — repuso otro.

Era Protén que arañaba de ser recogida por los honrados pescadores de X cuando agotadas sus fuerzas no podía ya sostenerse.

Cuando la heroína volvió en sí, se halló tendida en una cama cubierta por blancas y rojas sábanas. Todo cuanto le rodeaba era nuevo para





ella; el ambiente desconocido de una casa de pescadores de la Bentaña, con sus ventanas cuya luz velaban sendas cortinas de cuadros rojos; las colgaduras de rameada cretona que adornaban la cama; el hogar, de amplia chimenea, cargada su repisa de vasijas de barro de formas originales, todo era para Protea una inexplicable sorpresa de la que no sabía darse una explicación.

Vagamente recordaba su prisión en el castillo de Malmort, el salvamento milagroso, su huida y las horas de lucha en el mar. Cerró los ojos tratando de coordinar recuerdos, y cuando de nuevo miró en derredor del lecho, halló tres personas que la contemplaban, entre curiosos y compasivos.

Eran el patrón de la barca, su mujer y su hijo.

Protea quiso preguntar. Pero el viejo hizo un ademán indicando que era preciso que descansara.

— ¡Bien!—dijo débilmente la heroína—descansaré; pero cuente al menos porque estoy aquí.

El honrado viejo contó el salvamento.

—¿Es usted, tal vez, pasajera de algún vapor torpedado?—preguntó al terminar.

—No, amigo mío—repuso Protea.—Mi historia es larga. Quizá algún día pueda contarla. Hoy no puedo hacer más que daros las gracias y rogáros que me prestéis ropa. Me he de partir enseguida; tengo sagrados deberes que cumplir y no puedo perder tiempo.

—Pero, señora—exclamó la mujer del marino—en el estado en que usted se halla es una imprudencia que abandone usted el lecho.

—Estoy ya bien—dijo Protea.—Soy fuerte y sus cuidados me han reanimado y devuelto mis energías; en cuanto a ropa, si les es posible, présteme un traje de marinero o cualquier otro.

—Señora—exclamó el patrón—su acento de usted me hace creer que su misión es noble y que no tendremos que arrepentirnos de ayudarla con nuestros cueros mellos.

—¡Oh, amigo mío!—dijo la heroína—doy a usted las gracias por su confianza. Sepa usted que lucho por dar a una niña un tesoro que le corresponde y que unos bandidos quieren arrebatarle. Estos canallas son los que me han obligado a arrojar me al mar, única vía de libertad. Mi nombre es Protea...

El pescador se levantó de su asiento: había oído hablar de la heroína, de la que vagamente recordaba hechos anteriores. Su nombre y la sinceridad de su expresión hicieron comprender al marino que nada debía temer.

—Aquí tiene usted este traje de mi hijo. Disponga usted de nosotros. Y diciendo esto, salió de la estancia acompañado del grumete.

V

Media hora después, la valerosa joven se hallaba dispuesta a reanudar su campaña y a arrostrar los peligros a que la lucha con el de Renny y sus cómplices habría de condicionarla.

Preguntó a los pescadores por el camino de Malmort y después de despedirse cariñosamente de sus salvadores, partió en busca de nuevas aventuras.

Su propósito era buscar a Teddy. ¿Qué habría sido de su ahijado? ¿Habría sucumbido víctima de alguna emboscada de los bandidos? ¿Habría podido escapar de sus garras?

Haciéndose estas preguntas y con la dolorosa incertidumbre del porvenir, Protea caminaba por el atajo que por la costa había de conducirla al camino de Malmort.

Sin saberlo, seguía el mismo camino del bandido que había atacado a Teddy, al creer éste que acababa de atropellarlo con su auto.

La calma del paisaje era majestuosa, el silencio imponente; la inmovilidad de los árboles y el rojo púrpura de que se teñía el cielo, reflejándose en el mar, con cuyo azul formaba irizaciones violáceas, conmovieron a la valerosa joven que se detuvo a contemplar la grandiosidad eterna de la naturaleza.

De pronto, un grito angustioso que estridente conmovió los espacios llegó a oídos de Protea. Escuchó. Otro grito más desesperado y el rumor de una lucha encarnizada que se desarrollaba allí arriba en la carretera.

— ¡La voz de Teddy! — exclamó la vengadora.

Y dejando la contemplación del inmenso espectáculo, corrió, subiendo velozmente la rápida pendiente.

A medida que se acercaba, los ruidos de la lucha eran más claros; los gritos de rabia y de dolor llegaban distintamente, y nuestra heroína adquiría el convencimiento de que era Teddy quien allí arriba luchaba.

Protea salió a la carretera y lo primero que vio fué su automóvil; corrió hacia el sitio en que se hallaba y al llegar descubrió a Teddy que en el suelo pugnaba por desviar el arma homicida que un hombre blandía sobre su cabeza.

Afortunadamente la heroína había conservado su revólver; al aparecer ante el bandido dando un grito de «¡Alto!», el efecto producido por la sorpresa fué suficiente para que el villano abandonara su presa y Teddy consiguiere volverse contra él. Pero el bandido comprendió que la partida estaba perdida y emprendió la fuga internándose en el bosque. Protea apuntó e hizo fuego; el bandido cayó. En aquel momento Teddy se volvía a dar las gracias a su salvador.

— ¡Santo Dios! — exclamó erguido. — ¡Mi madrina!...

Y un abrazo vehemente calzaba a los dos héroes que se encontraban cuando cada uno creía, al otro, perdido sin remedio.

IV

Las explicaciones de sus respectivas aventuras fueron rápidas; no cabían en sí de gozo.

— Era el complemento de mi felicidad, mi felicidad entera, la resurrección de mi madrina, para poderle entregar la presa que he hecho en la casa del guarda de Malmort.

— ¿Qué presa? — preguntó la joven.

— ¡A todos los tengo encerrados en la cueva! — contó alegremente Teddy. — A Rodolfo Renny, a su hermana y a sus acólitos... Vámonos a Malmort, madrina; ahora ya tenemos automóvil...

Y dando rienda suelta a su inagotable buen humor se sentó en el coche al lado de la heroína, que empuñó el volante.

Poco tiempo después llegaban a Malmort.

Entraron en el parque y se dirigieron a la casa del viejo Francisco.

—¡Ya son nuestros, madrina!—decía Teddy riendo a mandíbula batiente.

Pero al llegar a la casa hallaron la puerta abierta; Teddy abrió desmesuradamente los ojos creyendo ver mal; se rascó la cabeza y exclamó:

—¡Pero si tengo la llave en mi bolsillo!...

Protea no pudo menos de soltar una carcajada.

—Entremos—dijo.—Tal vez existe cerrada y dejaste abierto.

Los dos compañeros entraron en la casa. Los muebles aparecían en desorden en torno de la trampa de la cueva, que abierta parecía una inmensa boca de siniestra negrura que en cartujada infernal se reía de la decepción del confiado Teddy.

—¡Rayos y truenos!—exclamó éste.—¡Volaron los pájaros!...

Protea reflexionaba sobre la fuga de Rodolfo y de los suyos, cuando un papel clavado con un alfiler a la puerta de la trampa llamó su atención. Acercóse y leyó:

«¡Falló el golpe, Protea!... Pero guárdate de la revancha. Desde este momento, guerra sin cuartel. No tendremos tregua ni descanso antes de haber castigado tu insolente audacia. Hasta pronto.»

Teddy, desesperado, se mesaba cómicamente los cabellos. Aquella decepción, después de las peligrosas correrías para vencer a los bandidos, lo colocaba, según él, en un ridículo ante su madrina.

Pero ésta no se contaba de su ahijado; con el papel en las manos, leyendo y relejendo el insolente desafío, parecía sentir en su alma el resurgimiento de nuevas energías, de ansia de heroísmo y de justicia.

—Vámonos, Teddy—exclamó.—Es necesario salir de aquí. Hemos de orientarnos y reanudar nuestra campaña... Por ahora lo esencial es no volver a caer en las garras de Rodolfo y de los suyos.

Poco después el automóvil de Protea corría por la carretera de Roubin.

VII

En el curso de nuestra narración hemos hablado diferentes veces de la «Secta Roja»; esto nos obliga a explicar, aun que sólo sea someramente, el origen y funcionamiento de dicha agrupación.

De antiguo existía en Francia un grupo de personas que para fines ambiciosos unaban sus esfuerzos y repartían después los beneficios obtenidos en sus «aquinaciones»; un aventurero que formaba parte del grupo, comprendiendo la fuerza de una asociación de personas a quienes no atredraban los peligros ni se sintieran estorbados por ridículos escrúpulos, procuró ampliar la obra de la nociente secta y dándole un carácter fantástico, muy a propósito para intimidar a los espíritus sencillos, le puso el nombre de «Secta Roja» y la organizó en forma tal que pronto su importancia fué motivo de serias preocupaciones para la policía, no sólo francesa sino internacional.

La «Secta Roja» reclutaba su gente entre los individuos de moralidad equívoca, entre los fracasados de la vida, a los que el propio fracaso les hacía buscar una rehabilitación material aun a costa de su perdición mo-

ral. Rodolfo Renny, cuyos asuntos no iban del-todo bien, entró a formar parte de la secta y andando el tiempo había llegado a ser el jefe.

Al estallar el conflicto europeo, la temible agrupación halló en las trebetosidades de una política tortuosa de maquiavelismos y maldades, ancho campo donde desarrollar sus planes de ambiciones; para los miembros de la «Secta Roja» no había mas Dios que el oro, y en el espionaje hallaron la fuente inagotable donde saciar sus apetitos.

Volvamos a nuestra historia.

Rodolfo y los suyos, encerrados en la cueva de casa Francisca, habían sido libertados por uno de sus cómplices. Una vez libres opinaron que lo más acertado era dejar el castillo de Malmort y dirigirse a su guarida de la selva; habían descubierto la fuga de Protea y comprendiendo que sólo en el mar podía haber hallado su salvación, les era necesario procurar su captura; para ello necesitaban comunicarse por medio de su estación radiotelegráfica con sus cómplices los tripulantes de un submarino pirata que navegaba por aquellos mares.

El de Renny, Eva y los bandidos que les acompañaban, llegaron a la casa que ya conocemos y comunicaron con el submarino.

A poco el capitán del pirata recibía el siguiente despacho:

«Capitán del Z-875.—Estoy sobre la pista de Protea, la audaz aventurera. Soy Rodolfo Renny, de la «Secta Roja». Vigile usted, pues es probable que Protea, que estaba ya en mis manos y ha conseguido escapar, haya hallado refugio en algún lugar, tal vez en uno que hace poco ha salido del Havre.»

La respuesta no se hizo esperar:

«Críese por estos parajes—decía el despacho—y no es posible que ningún barco pueda burlar nuestra vigilancia. Confíe en mí.»

VIII

Margarita, el ángel rabio, hija de la infortunada Luisa Varon, vivía cichosa en la «Granja de los Manzanos»; los granjeros, gente sencilla y honesta, profesaban a la inocente niña un profundo cariño.

—Cuidarla como a su propia hija—había dicho Protea al coñardes a Margarita.

Y los campesinos cumplían su misión con un celo y una voluntad admirables.

Los días se deslizaban tranquilos en el plácido vivir campesino, lejos de las pasiones y de las luchas del mundo.

Pero Leonard, el granjero, partía hacia el campo por las mañanas al apuntar el día, y la esposa quedaba al cuidado de la pequeña en tanto que se dedicaba a los trabajos del arreglo de la casa.

Un día, brillante de luz y de hermosura, en que la niña jugaba en los campos cercanos a la casa, un hombre, escondido en los matorrales del próximo bosque, espiaba los movimientos de la hija de Luisa, como el milano acecha a la paloma inocente.

Más tarde, el hombre, a caballo y llevando en sus brazos a Margarita, corría por la carretera de San Renny du Rochin.

Poco antes de llegar al pintoresco pueblo, haciendo salir de la carretera a su cabalgadura, se perdía en la espesura del bosque: refrenó el





hondre el paso de su caballo, sorteando los obstáculos de que el bosque estaba lleno. De vez en cuando examinaba los accidentes del camino como si quisiera orientarse.

A medida que adelantaba, el bosque era más espeso; el caballo caminaba con dificultad sintiendo hajo sus pezuñas un terreno húmedo y movedizo que cubría la maleza enmarañada entre los troncos.

El hombre, al llegar a determinado lugar, se apeó del caballo y llevando siempre a la niña en sus brazos continuó su camino. A poco se detuvo ante la casa de madera que ya conocemos.

Llamó y abierta la puerta penetró en la estancia.

—Aquí está la niña— exclamó, dirigiéndose a Rodolfo Renay.

Este y Eva sonrieron.

—Llévala arriba—dijo uno de los cómplices.

V al cerrar la noche, Margarita, presa de terrores, era encerrada en una habitación, y arrodillada sobre la paja del suelo balbuceaba las tenebrosas oraciones que su madre infortunada le había enseñado.

QUINTO EPISODIO

EL SALTO DE LA MUERTE

I

León Jouvert, el popular acróbata y funambulista, prodigioso contradictor de todas las leyes de la gravitación, de la inercia y del equilibrio, había obtenido una licencia limitada, y al volver a su tierra, la amada Berraña, había reunido a varios compañeros, antiguos camaradas de circo, a los que la guerra dejaba sin trabajo, y con los escasos recursos de todos quedaba formado a poco un circo ambulante, que a buen seguro sería la base de una fortuna.

Nada faltaba en la compañía: atletas capaces de hacer palidecer a Sansón, prestidigitadores, *escayéres*, saltadores, domadores y sobre todo payasos cuyas gracias hacían reír hasta los muertos.

León Jouvert, cabo de la 6.^a compañía del 100.^o regimiento de ligeros, se sentía feliz reanudando, al abandonar la vida militar, su antigua existencia de behemín alegre.

El circo se componía de cuatro grandes carrozmos que una división bien entendida permitía que fuesen a la vez habitación y almacén.

La alegre troupe había acampado en los alrededores de Rouba y se hallaba atareada instalando una inmediata tienda de campaña en la que cabían unos cuantos cientos de espectadores, cuando la bocina de un automóvil atrajo la curiosidad de algunos de los artistas.

Poco después la veloz máquina paraba frente al lugar y de ella descendían dos personas: Protea y Teddy.

—¿Es esta la carretera de Rouba?—preguntó Protea a uno de los artistas.

Pero antes de que el interpelado hubiera tenido tiempo de contestar, Teddy se abrazó a él gritando:

—¡Eh, León!... ¡El cabo de mi compañía!...

Y volviéndose a su medicina dijo:

—Es un buen camarada, madrina, un verdadero camarada.

La cordialidad y la alegría reinó bien pronto en el grupo: Teddy explicó las aventuras a que les estaba conduciendo su noble propósito de no dejar que Margarita fuera despojada de su herencia, contó su fuga y la de Protea, y fue tal el entusiasmo que la heroica relación despertó en los ingenuos oyentes, que rogaron a la heroína y a Teddy que, por unos días, aceptaran formar parte de la «troupe» en calidad de huéspedes.

—Eso no—dijo Protea—tanto Teddy como yo tenemos nuestras habilidades y aceptamos formar parte de la compañía en calidad de artistas. Yo seré la equilibrista y harrista de la máscara negra y Teddy mi excéntrico... Pero sólo por unos días...

La proposición fue aceptada con entusiasmo y a poco comenzaban los ensayos del trabajo de los dos compañeros.

Protea se cuidó de enviar a la Granja de los Manzanos un telegrama, que transmitió desde el vecino pueblo, dando a los granjeros su dirección y recomendando la mayor vigilancia.

Al quedarse en el circo nuestra heroína, se había propuesto despistar por completo a su enemigo, que en todas partes la buscaría menos en aquellos lugares.

II

La música sonaba alegre y atronadora; los golpes del bombo y de los platillos, acompañando las desgarradoras notas de trompa y clarinete, habían congregado ante el circo una multitud ávida de contemplar las prodigiosas habilidades de la «troupe» del famoso León Jouvett.

—¡Adelante, señoras y señores, adelante!—decía gravemente uno de los artistas ataviado con pintoresco frac antediluviano.—Pasen ustedes y contemplarán abortos el hombre traga-esgadas, el mayor fenómeno fisiológico de nuestros tiempos y de los tiempos venideros... ¡Adelante, señoras!... También verán ustedes los gatos amamantados de Mr. Rousskopf, el caballo sabio, calculador admirable, capaz de resolver una ecuación de séptimo grado, y sobre todo, ¡oh, señores!... podrán admirar los arriesgados ejercicios de la acrobata enmascarada, una gran princesa rusa que se ha dedicado a los trabajos de la barra fija en vista del mal cariz de la política de los «soviets». ¡Vayan entrando, señores!... Con esta colosal artista trabaja su excéntrico, un chino de la dinastía de los Ling-Thung-Ching, no conforme con la restauración del Imperio en su patria... ¡Adelante, señoras y señores!...

Y el buen pueblo, sugestionado por el grave continente del vocador y por el tono imperativo de aquel «¡Adelante!», dejaba satisfecho el importe de la entrada en manos del gran León Jouvett y se apresuraba a colocarse en los bancos para contemplar las maravillas que le anunciaban.

Entre los espectadores que habían ocupado los primeros puestos, un campesino de rostro rasurado, de mirada viva y penetrante, de expresión maliciosa y gesto de desconfianza, parecía esperar con verdadera impaciencia el commencement del espectáculo.

Había pasado por frente del circo cuando el vocero presentaba al público a la fantástica princesa rusa, que cubría el rostro con negro antifaz. El palurdo se había detenido, había escuchado el pintoresco discurso del charlatán y echazadamente había adelantado hasta la escalera y penetrado en el local, después de adquirir una localidad.

Habían trabajado unos atletas prodigiosos, de esos que levantan pesos descomunales y aguantan a pecho desnudo la carga de dos caballos, cinco hombres y un perro; una «escuyère» que había sucedido a los atletas daba paso a unos «clowns» de rostro pintarrajado, y tras ellos se anunciaba el número sensacional: la princesa rusa enmascarada, original harrieta, con su excéntrico chino.

El campesino pareció redoblar su atención al salir a la pista la pareja esperada.

La música atacó bulliciosa las alegres notas de una de esas mazurcas antiguas en las que, sobre un acompañamiento de trombón, monótono y desesperante, saltaban ligeras y graciosas las filigranadas escalas del clarinete mientras bombo, platillo y redoblante, en competencia de estridentes esfuerzos, completaban el arcaico concierto.

La princesa rusa, colgada de la barra fija, imprimía un vertiginoso movimiento de rotación, en el que su cuerpo, en fantástico molinete describía círculos y más círculos, en tanto que el público, emocionado, prorumpía en atronadores aplausos; el pretendido excéntrico de la China con ómnibus ademanes demostraba un grotesco torio ante el increante rodar de la artista.

El campesino contemplaba el atrevido trabajo con atención profunda, y cuando el emocionante molinete hubo terminado y la titiritera recogía la ovación entusiasta de la concurrencia, amplió el hombre con tal calor que sus manos debieron resentirse del entusiasmo de su dación.

La princesa rusa, agradecida, saludó y por un instante se quitó el antifaz, mostrando su rostro.

La pretendida princesa no era otra que Protea.

El palurdo lanzó un suspiro de satisfacción y conteniendo una exclamación que pugnaba por salir de sus labios, abandonó el circo y ya en la carretera, en vez de dirigirse al vecino pueblo de Roulin, se dejó en dirección contraria.

Erán ya las once de la noche cuando los concurrentes al circo dejaron el local.

En un improvisado cobertizo en el que se alojaban los caballos, León Jouvert, Protea y Teddy comentaban el éxito del ya famoso número de la princesa rusa y su excéntrico chino, que había atraído una enorme concurrencia; un recadero llegó ante el circo y preguntó:

—¿Circo Jouvert?

—Aquí es—contestó uno de los artistas que se ocupaba en desmontar los enormes carcelones.—¿Qué deseas?

—Un telegrama para Protea—repuso el muchacho.

La heroína oyó pronunciar su nombre y salió a la carretera, tomando el parte que el recadero le entregaba. Lo abrió y leyó asombrada:

«Niña desaparecida. Pesquisas infructuosas hasta el presente. Desolados.—PERRÓ LEONARD.»

Volvamos a encontrar a Rodolfo Remry, a Eva y a sus cómplices.

—Después de todos los esfuerzos realizados—decía Rodolfo—nada hemos conseguido... ¿De qué nos sirve tener la niña en nuestro poder?

—Tal vez ese torudo de Francisco—objetaba uno de los bandidos—se acostumbrara a la vista de la hija de su ama.

—¿Quién sabe dónde para el guardián de Malmort!—dijo otro.—¿No decías que la cueva no tenía salida?

—No hablemos de eso—exclamó Rodolfo impaciente.—Lo importante es hallar el secreto del tesoro.

Eva escuchaba, silenciosa; pero en la inútil contracción de su boca se adivinaba el poco valor que para ella tenían las palabras de sus compañeros.

—Os aborrecía en un vaso de agua—dijo por fin la hermana de Rodolfo.—Creéis que nada hemos conseguido y sin embargo nos hallamos al principio del fin. Protea y Teddy han huido de Malmort, es cierto, pero desconocen nuestro escondite. En cuanto a la niña, es un precioso instrumento para obtener el plano.

—¿Halla—dijo Rodolfo imperiosamente.

—Según el testamento de nuestro primo, el plano que es necesario obtener, está depositado en casa del notario Filiberto Grant, de París; el que lo entregará a Luisa Varon o a su hija... ¿no es eso?

Los bandidos asintieron.

—Pues bien—continuó Eva.—Yo iré con la niña a casa del notario...

—Ese es un paso arriesgado—dijo Rodolfo.—¿En calidad de qué, acompañaría a la niña a casa del doctor Grant?

—En calidad de protectora, de defensora de sus derechos... A estas horas, el notario sabe la muerte de nuestro primo el conde de Tarazona... deijo conoce el fallecimiento de Luisa Varon, y es más que probable que sepa algo de la existencia de dos primos del Conde, que habrían sido sus herederos de no haber existido la hija del de Tarazona. También debe haber oído hablar de Protea, a quien conoce todo París... Pues enlazando todos estos datos, que son ciertos, no es difícil inventar una historia que convenza al notario.

—No comprendo una palabra—dijo Rodolfo.

—Me explicaré. Coged a la niña, a la que hay que hacer dormir unas cuantas horas; con ella iré a París, a casa del notario. Diré allá que soy Protea, defensora de la hija del de Tarazona; mostraré el testamento y obtendré el plano deseado.

—¡Bravo!—exclamaron los bandidos.

Y el plan quedó acordado en todos sus detalles: Eva saldría para el Havre, con la niña a la que daría un narcótico. En el Havre tomaría un tren que en pocas horas la conduciría a París; allí transformaría su persona y adaptaría la indumentaria masculina de Protea; iría a casa del notario y volvería a tomar el tren para el Havre.

Rodolfo se dirigió a la buhardilla de la casa y con melosas palabras convenció a Margarita para que bebiere el tizón de leche que le presentaba. Al poco rato Margarita dormía profundamente.

Ya iba a salir Eva, cuando un hombre entró tambaleándose: era el

bandido que al atacar a Teddy fué herido por la bala que ciertamente le envió la heroica Protea.

—Protea me ha herido—exclamó.—Se ha unido con Teddy... ahí cerca... en la carretera...

El esfuerzo realizado agotó las fuerzas del villano que cayó pesadamente al suelo.

Rodolfo y los suyos contemplaron el cuerpo del bandido, cuya sangre comenzaba a formar un charco en el suelo.

—Ea—dijo Eva enérgicamente—esto ya no tiene remedio... Enterrad a ese infeliz, en tanto que yo voy a traeros la victoria...

Y abriendo la puerta salió al bosque y se dirigió a la carretera, llevando en sus brazos a Margarita presa de un pesado sueño.

IV

El célebre notario doctor Filiberto Grant, viejo bonachón a quien su larga vida, dedicada por completo al ungimiento de escrituras, nada había enseñado de las nudades humanas, era una verdadera máquina legal.

De su protocolo inmenso, nada había deducido; una escritura, era para él, el mero instrumento del acto realizado, su sanción jurídica ante las leyes y nunca trató de ahondar en el espíritu del firrugo de papel sellado que en innumerables tomos primorosamente encuadernados y clasificados por fechas correlativas, guardaba en los lujosos armarios de su notaría. Nada decía aquellas escrituras a su espíritu simplista; las actas notariales, las escrituras, en las que a veces aparecía el historial de crueles despojos, de ambiciones inconfesadas e inconfesables, de combinaciones álicas, eran para el doctor Filiberto Grant unos documentos que adaptados a los preceptos legales no tenían más significación que la exteriorización del acto realizado.

El notario aquella mañana estaba contento: acababa de repasar sus cuentas y hallaba que durante aquel año su notaría había producido el doble de lo que en años pasados fué su rendimiento. Daba cima a sus cálculos aritméticos y comenzaba un proyecto de colocación de sus ahorros, cuando su criado entró en el despacho, entregándole una tarjeta en la que se leía un solo nombre: «Protea».

El doctor Filiberto Grant evocaba el nombre de la heroína: recordaba el célebre *affaire* del ingeniero Dumas, cuyos planos robados por unos espías habían sido recuperados por Protea, que los había entregado al comité de Defensa Nacional.

El nombre de Protea fué para el notario una nota simpática: decididamente aquel día era feliz para él. Se hallaba con ganancias inesperadas y para esnate recibía la alta honra de la visita de una heroína.

—Que pase esa señora!—exclamó el buen hombre, en tanto que arreglaba el nudo de su corbata, estiraba el chaleco y se abrochaba el chaqué, con presunciones de hombre galante.

Aun no estaba terminada la somera *toilette* del notario cuando por la puerta del lujoso despacho penetró Eva de Kerry: vestía un traje de hombre, de amplia chaqueta de pana, pantalón del propio género, ceñido a la rodilla y a la pierna por una polainas de cuero; cubría su cabeza ancho

sombrero de fieltro marrón, colocado sobre un pañuelo con el que recogía sus cabellos y llevaba en sus brazos a Margarita, profundamente dormida.

— ¡Oh, señora! — exclamó galantemente el notario, esbozando una reverencia. — ¿A qué debo el honor de la visita de la hermosa más famosa del mundo?

— ¿Es usted el doctor Filiberto Grant? — preguntó rápidamente Eva, y sin esperar la respuesta continuó: — Yo soy Protea. Perdóname usted que me presente en esta forma; la campaña a que estoy entregada en alma y cuerpo me ha impedido mudarme de traje al llegar a París.

— Usted dirá en qué puedo servirle.

— Esta niña que me acompaña y de la que le pongo que disipe el profundo sueño, muy natural, debido al cansancio de nuestro viaje, es la hija del conde de Tarazona. Al morir éste, legó a la niña su fortuna, que según el testamento está escondida en el castillo de Malmort; muerta Luisa Varon, amante del Conde y madre de esta niña, yo jure consagrarle a su defensa, deshaciendo los planes de unos primos del Conde.

— Noble hazaña, señora! — dijo el notario.

— He conseguido — continuó la falsa hercina — recuperar el testamento robado por los primos y vengo a que usted entregue a la niña, según disposición del testamento, el plano del escondite de Malmort.

El doctor Filiberto Grant tomó el pliego que la pretendida Protea le entregaba, y después de leer el párrafo relativo a la entrega del plano del escondite y cotejar la firma del documento con otras firmas del conde de Tarazona, preguntó:

— ¿Esta niña es, pues, Margarita Robert de Tarazona y Varon?

— La misma, señor Grant.

El notario contempló a Margarita; la niña llevaba pendiente de una cadena de oro un medallón con el retrato del conde de Tarazona, que el buen funcionario examinó atentamente.

— Muy bien — dijo al fin. — Voy a entregar a usted ese plano; en el testamento me dice el difunto Conde que he de entregarlo a Luisa Varon, y en su defecto a Margarita Robert de Tarazona. Luisa Varon ha muerto y usted me demuestra que la niña es Margarita... ¡Muy bien, muy bien!

La sencilla conciencia del notario estaba satisfecha, para él estaban cumplidos todos los requisitos necesarios y no había inconveniente alguno en entregar el codicilado plano. Se dirigió a una formidable caja de caudales y la abrió después de haber empleado unos minutos en dar vueltas a los tornillos y resacas de la blindada puerta.

Eva, contentiendo a duras penas su impaciencia, espía los movimientos del congado notario; por fin éste, adelantó hacia la hermana de Rodolfo, llevando en la mano un sobre lacrado con las armas de Tarazona.

— He aquí el documento — exclamó el doctor Grant. — Sólo deseo, señora, que continúe en la defensa de esa niña, que a lo que parece tiene muy encarnizados enemigos...

— ¡En cuanto a eso — dijo la falsa hercina — corre de mi cuenta.

Y después de haber firmado un recibo con el nombre de Protea, tomó en sus brazos a Margarita y salió del despacho, mientras el notario se desahucia en reverencias y cumplidos.





—Aquí está el plano—exclamó Eva entrando en la guarida de su hermano y dejando la cinta sobre una silla.

Una alegre exclamación de entusiasmo acogió las palabras de la astuta hermana de Rodolfo.

—¡Bravo, Eva!—dijo éste.—El tesoro es nuestro, compañeros!

—¡Bien por Eva!—exclamaron los demás.

Uno de los bandidos cogió a la cinta y la llevó a la buhardilla, en tanto que los demás comenzaban el estudio del plano y cambiaban opiniones sobre la conducta que convenía seguir.

Era muy tarde para intentar emprender el camino de Malmort; por otra parte, teniendo el plano del escondite, el triunfo era tan seguro que no valía la pena de adelantarlo.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Quién va?—dijo Roberto, sacando el revólver.

—Abre, soy un rojo—exclamó una voz.

Uno de los bandidos abrió y el campesino que vivía en el circo contemplando embobado las prodigiosas habilidades de la princesa rusa y su excéntrico chileño, penetró en la habitación.

—Buenas noches, compañeros—dijo al entrar.

—Buenas noches, Gaspar—dijeron los bandidos.

—¿Qué te trae por aquí?—preguntó Rodolfo.

—Pues ahí es nada—exclamó el interpelado,—daros noticias de Protea y de su ayudante.

—¿Los has visto?—dijo Eva.

—Aun no hace una hora... Trabajan en el circo de Jouvett, ahí en las puertas de Roubin.

—¿En un circo?—preguntó Rodolfo.

—Es un circo, y a fe mía que si yo fuera empresario contratarla a esa pareja; son una mina.

Grandes carcajadas acogieron las palabras del campesino.

Rodolfo reflexionaba. De pronto sonrió y alegremente se puso en pie exclamando:

—Amigos míos, hoy es día completo... Acabamos de obtener el plano, y la actividad del buen Gaspar nos proporciona la ocasión de aprovechar la noche deshaciéndonos de nuestros enemigos... Ataquemos el Circo de Jouvett y cojamos desprevenidos a Protea y a Teddy... ¡Animo, que yo soy vuestro!

Media hora después, Rodolfo, Eva y los suyos llegaban ante el circo de Jouvett, donde todo dormía.

Habían dejado los caballos en el bosque al cuidado de uno de los bandidos, y en una taberna situada a la entrada de la villa habían reclutado, gracias a la intervención de Gaspar, unos cuantos pillos, que mediante unas monedas se comprometieron a ayudarles en su criminal empresa.

—Soy muchos y muy fuertes—había dicho Gaspar.

Y la prudente reflexión dio lugar al reclutamiento de nuevos cómplices.

En silencio los bandidos rodearon el circo y se apostaron en las puertas de los carreranos; a una imperceptible señal de Rodolfo, dos de los

bandidos prendieron fuego a unos montones de paja cercanos a la tienda de campaña, y a poco una luminosa hoguera se elevaba rematada por terrible penacho de humo y alumbraba siniestramente el trágico cuadro de la ruina del pobre Jouveit.

— ¡Fuego! ¡Fuego! —gritó alguien en el interior de uno de los carramatos.

Entonces se abrieron las puertas y de los carros salieron presurosos los artistas que lanzando imprecaciones desesperadas corrieron al loco intento de salvar de las llamas destructoras el pobre palacio de su arte, la sola fuente de su única riqueza.

Los bandidos se lanzaron entonces al ataque: la confusión fué enorme. Héroes que descargaban sobre cabezas, térrcos puños de ciclope gigante, puños que prodigaban golpes imperiosos, cuernos que rodaban enlazados en lucha encarnizada en que manos, pies y bocas eran armas regimidas con la rabia de la desesperación... De vez en cuando algún disparo, una blasfemia y un lamento.

— ¿Y Protea? — se preguntaba Rodolfo — que espíaba escondido el resultado de la lucha.

— Mira, mira — dijo Eva, señalando uno de los carramatos.

Protea y Teddy salen de él, dispuestos a prestar ayuda a sus compañeros.

Rodolfo se lanzó fuera de su escondite y llamando con potentes gritos a los suyos:

— ¡Allí está el enemigo! — exclamó, señalando a los dos héroes.

Protea y Teddy dieron media vuelta y corriendo llegaron al carramato más lejano, subieron la escala, penetraron en él y cerraron la puerta, perseguidos de cerca por los socorros del *de Renny*.

El carramato estaba situado al borde de la carretera y su parte posterior daba a una inclinada pendiente, talud sobre el que se asentaba en la montaña el camino de Roulin: dentro del carramato estaba el automóvil de Protea.

Rodolfo y los suyos se esforzaban en derribar la puerta del carro y cuando lo hubieron conseguido sus ojos contemplaron ahogados una temeraria hazaña de la heroína que nuevamente se les escapaba.

Protea y Teddy habían bajado la pared posterior del carramato, de modo que formó una rampa que terminaba en el talud, y por allí, temerariamente, se lanzaron los héroes en el automóvil que vertiginosamente se precipitó por la rápida pendiente. — ¡Estaban salvados!

VI

El auto, dando saltos y sacudidas, guiado por la enérgica mano de la heroína, recorrió la pendiente del terraplén y llegó a la carretera.

Protea, serenamente, frenó, parando en seco la máquina.

— ¡Ah, maldito! — dijo la heroína. — Es preciso que pague cara esta última hazaña... ¡Hay que cogerles en sus propias redes!

— De fijo intentarán huirnos — exclamó Teddy.

— No lo creas, Teddy; se van a Mahuort, tal vez ahora mismo... De nosotros no se preocupan ya a estas horas...

— ¡Atención, madrina! — exclamó Teddy.

Protea escuchó. En el vecino bosque se oía el paso de varios caballos que avanzaban al galope.

—Ven, Teddy— dijo Protea rápidamente.

Y nuestros amigos abandonaron el auto y entraron en el bosque, escondiéndose entre la maleza.

—Si son ellos no se escaparán— exclamó la heroína.

Los caballos estaban aún lejos. Protea no se había equivocado: Rodolfo, convencido de que los dos héroes habían tratado solamente de escapar de sus garras y comprendiendo que era imposible la persecución del automóvil, decidió partir hacia Malmort para apoderarse del tesoro.

Eva aprobó el plan de su hermano, y los dos, junto con uno de sus cómplices, abandonaron el coche que se derrumbaba destruido por las llamas, y a caballo emprendieron a través del bosque el camino de Malmort.

Al llegar los caballos al punto donde se hallaban escondidos Protea y Teddy, éstos, revolver en mano se lanzaron al asalto.

Rodolfo, haciendo saltar a su caballo sobre los matorrales, y Eva, merced a una hábil piqueta, consiguieron esquivar a sus enemigos; pero el bandido que acompañaba a los dos hermanos cayó del caballo y quedó a merced de la heroína.

—Ocupate de éste— exclamó Protea, dirigiéndose a Teddy.—Yo voy tras de los otros. En último caso, en Malmort nos encontraremos.

Y montando en el caballo del bandido salió al galope en persecución de los de Remy.

—Dime, canalla— rugió Teddy, en tanto que apoyando una rodilla en el pecho del cómplice de Rodolfo, apuntaba a su frente el cañón de su revolver.—¿Dónde está la niña?

El desdichado pugnaba por librarse del peso del ahijado de Protea.

—Habla, majadero y seremos amigos— exclamó el alegre Teddy.

Y viendo que el bandido trataba de defenderse, añadió:

—Mira, no gastes bromas de mal género; tengo más fuerza que tú y si me molestas mucho te rompo las narices.

Y haciendo seguir el acto a la amenaza, propinó al bandido un puñetazo, golpe maestro, que hubiera admitido el más correcto boxeador.

—Habla, estúpido— rugió de nuevo—o sino te juro que no me casaré de darte la pencha de que soy un gran pugilista.

El bandido pareció ablandarse.

—Suelta al menos—dijo débilmente.

—¿Soltarte? ¿Pero te crees que soy tonto? Ea, acabemos: ¿dónde está la niña?

—Ahí cerca, en la casa negra... ahí, al fin de este bosque.

—¿Por fin!—dijo Teddy.

Y obligado al bandido a ponerse en pie, exclamó:

—¿Guíame!...

El infeliz no se atrevió a resistir más y comenzó a andar, penetrando en la espesura de la selva, conduciendo a Teddy, que le seguía sin soltarle ni perder de vista sus menores movimientos.

Un cueto de hora más tarde llegaban a la casa de madera, guardada de Rodolfo y sus cómplices.

—Aquí es—dijo el bandido.

Teddy propinó a su gula un último puñetazo que le hizo rodar por el suelo, bañadas en sangre las narices y la boca y entró en la casa.

Un espectáculo aterrador se ofreció a la vista del herido compañero de Protea; sobre la mesa había una caja de planchas de hierro solidamente amarradas; de un agujero abierto en una de las caras salía una mecha que lentamente iba consumiendo el fuego. Teddy comprendió: Rodolfo antes de partir para Malmö había preparado una última trampa que le librara de la heredera del de Tarazona, y la muerte se cernía trágicamente sobre la cabeza de Margarita. Teddy no dudó un momento: adelantó decidido y rogiendo el infernal aparato salió de la casa y lo lanzó al bosque lo más lejos que pudo. Una terrible explosión conmovió el silencio de la selva.

— ¡Ah, criminal! — dijo Teddy, dirigiéndose al huido, que sin fuerzas para levantarse yacía en el suelo. — ¡No sé como no he hecho estallar la bomba en tu cabeza!

Después entró de nuevo en la casa y subiendo la escalera de la buhardilla halló a Margarita que al verle le tendió sus brazos, sonriendo alegremente.

Media hora más tarde Teddy llegaba al circo.

— ¡Eh, León! — dijo al ver a su antiguo camarada de regimiento, que contemplaba su ruina.

— ¡Teddy! — contestó el acróbata.

— No llores por eso... — exclamó Teddy alegremente. — Ya te compraré Protea otro circo... Ahora te confío esta niña. Cúdale como si fuese tu hija... Yo me voy a Malmö.

V sin esperar más tiempo, el animoso hijado de la heroína penetró de nuevo en el bosque en busca del atajo de Malmö.

VII

Protea había perdido un tiempo precioso, y cuando hubo hallado la pista de los fugitivos, ya llevaban éstos gran delantera.

Pero la heroína se lanzó al galope, atravesando el bosque, saltando troncos y matoccales, salió al valle y distinguió a gran distancia a Rodolfo y su hermana que a todo correr se dirigían al atajo de Malmö.

La valerosa joven soltó las riendas e inclinada sobre el cuello del caballo atravesó el camino y consiguió acortar la distancia.

Perseguidos y perseguidora rivalizaban en maestría; los caballos excitados por sus jinetes volaban más que corrían, y la fantástica carrera hubiera provocado el entusiasmo de más de un *sportman*, realizada en alguno de los hipódromos de Londres o París.

Rodolfo, conocedor del terreno, llevaba a su perseguidora a lugares peligrosos, esperando que Protea cayera del caballo. Habían abandonado el atajo de Malmö y a galope tendido habían cruzado un ancho valle escondido entre rocas ondulantes; al salir del valle, el de Kenny había hecho entrar a su caballo en un lago cuyas aguas encharcadas ocultaban altas yerbas.

La heroína, incansable, continuaba la ardiente persecución, y Rodolfo y Eva comenzaban a comprender que aquella situación sería pronto insostenible.

Al salir del lago el de Renny y su hermana, perecieron en un angosto desfiladero, y por medio de una hábil maniobra rodearon un alto peñasco situado a la salida, y cuando Protea consiguió llegar a aquel lugar, los fugitivos habían desaparecido.

La heroína se detuvo. Buscó por todas partes y al llegar al pie de un precipicio, en que la montaña casi cortada a pico apenas presentaba un lugar por donde escalarla, descubrió, abandonados, los caballos de sus enemigos.

— ¿Habrán subido por ahí? — se preguntó Protea.

Dando unos pasos más, divisó un estrecho paso abierto en la roca; así que camino se trataba de una escalera y aun tan pendiente que había que trepar por ella con la ayuda de las manos.

Pero la valerosa joven no tenía tiempo para dudar y no dudó: apeándose del caballo se dirigió a la escarpada roca y comenzó la peligrosa ascensión.

Las piedras salientes, las ramas y arbustos espinosos destruían las manos y arañaban la cara de Protea; animosamente, sin preocuparse de la sangre que brotaba de sus rasguños, la valerosa heroína continuó trepando la escarpada ladera, hasta lograr la cima de la desolada montaña.

La joven miró en derredor cuanto su vista podía abarcar y nada distinguió que pudiera hacerle adivinar el camino de sus perseguidos. De pronto, una estruendosa explosión, una blanca nube de humo y un rústico puente que saltaba en mil pedazos, descalificó a la heroína el sitio por donde había pasado el de Renny; éste intentaba cortar el paso a Protea saltando el puente y haciendo el abismo infranqueable.

Protea corrió al punto donde se había verificado la explosión. El abismo era profundo, trabardable.

Pero para la valiente heroína la voluntad y la energía eran fuerzas capaces de vencer todos los obstáculos: con la vista midió la distancia.

La pesarela destrozada presentaba una rampa que se apoyaba en la ladera a poca altura; en un alarde de temeridad Protea se dejó caer deslizándose por la pesarela. Su cuerpo al llegar al final de la terrible pendiente, fue lanzado por la fuerza enorme de la velocidad adquirida. Protea se sintió en el vacío...

Serénamente, en un colosal esfuerzo de energía y de voluntad, multiplicó la fuerza adquirida y al fin logró asir sus manos a las ramas hospitalarias que en la ladera opuesta brindaban seguro apoyo.

Protea estaba salvada.

Y ya en la montaña comprendió que sus enemigos habían tomado el camino de Malmoer, y sin más vacilaciones emprendió la ruta del castillo donde habría de tener desenlace aquella tragedia de brutales ambiciones y encarnizadas crueldades.

SEXTO Y ÚLTIMO EPISODIO

EN PODER DEL PIRATA SUBMARINO

Nuestra heroína había conseguido, por una rápida marcha, llegar a la costa; su plan era penetrar en Malmort por la cueva por donde había conseguido, hacía ya algún tiempo, su libertad.

Cuando llegó a la cueva anochecía; abrió la mohosa verja y se dirigió al secreto pasadizo que conducía a la cripta, tocó el resorte que desplazaba la tumba del antiguo conde de Tarazona y escalando el angosto paso penetró en el fúnebre lugar.

—Aquí han de venir y aquí hay que vencer! —se dijo la valerosa defensora de Margarita.

Prisca, intuitivamente, había adivinado que los de Renny habían aprovechado la posesión de la niña para conseguir del notario la entrega del plano codiciado; pero conocedora ella del secreto que el buen Francisco le confesara, había tomado sus medidas para hacer fracasar los ambiciosos proyectos de Rodolfo.

Acercóse al altar que se levantaba en una de las alas del mortuorio recinto y apoyó su mano en un resorte disimulado en el labrado de uno de los capiteles; abcióse el muro y Prisca entró en la brecha abierta, que volvió a cerrarse a la acción de otro resorte funcionado por la vengadora.

Poco tiempo después se abrió la puerta de la cripta y Rodolfo y Eva penetraban, alambicándose con una linterna. El de Renny llegó a la tumba del de Tarazona y extendió el plano sobre la yacente estatua.

—Hay que seguir por este paso, entre las columnas, hasta el altar de la cripta—dijo Eva, señalando en el plano las flechas indicadoras.

Los usurpadores siguieron el camino señalado y llegaron al altar.

—El resorte está en el capitel de la segunda columna de la izquierda —dijo Eva, después de mirar el plano.

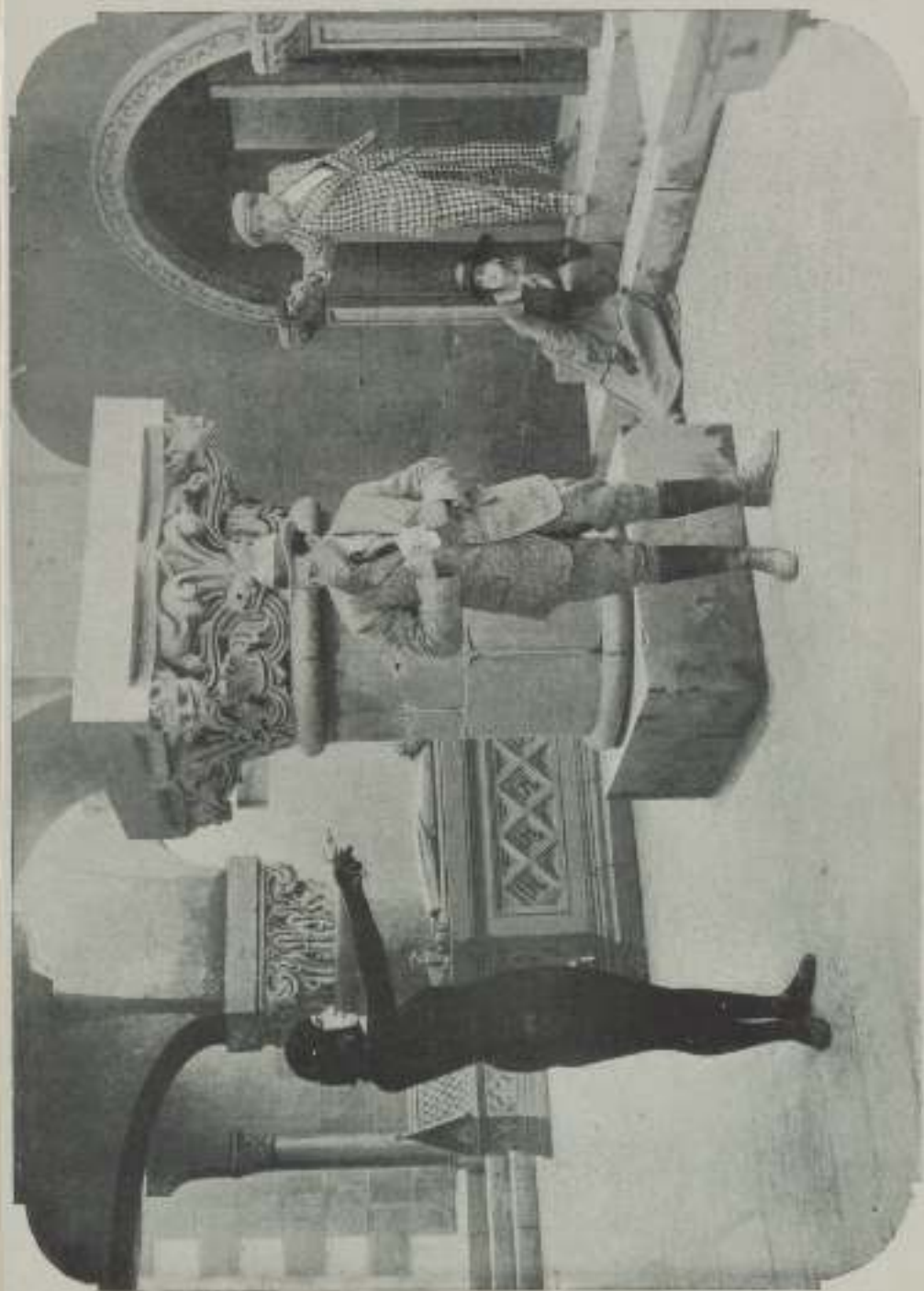
Rodolfo buscó durante algunos minutos; el corazón del bandido latía con violencia y la emoción entorpecía sus movimientos.

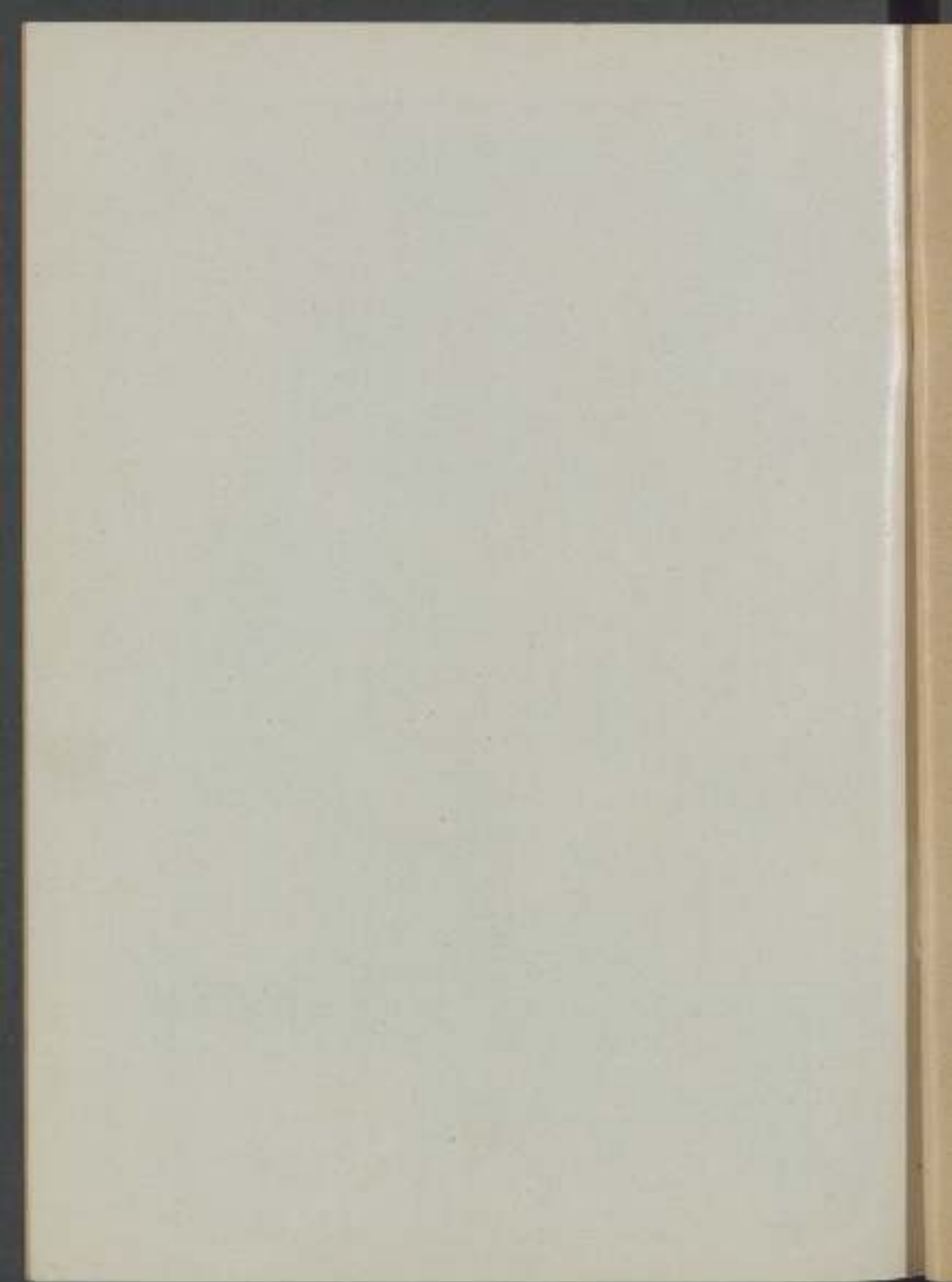
—¡Vamos, hombre!—exclamó Eva, comprendiendo la turbación de su hermano.—Este es el paso final.

Por fin el de Renny había hallado el resorte; oprimió con fuerza y en aquel instante un ruido sordo de piedras arrastradas turbó la paz mortuoria de los fundadores del castillo de Malmort. El muro se abrió lentamente y cuando los ambiciosos hermanos iban a lanzarse a la brecha abierta, una figura majestuosa avanzó solemnemente cual fantasma vengador que surgiendo de la tumba iba a impedir el sacrilego despojo.

—¡Prisca!—exclamó Rodolfo, retrocediendo.

—¡Sí, Prisca que viene a impedir vuestra última huida!—repuso la heroína, avanzando amenazadora.





Rodolfo, presa de un pánico loco, retrocedía siempre; Eva, contagiada por el terror de su hermano, contemplaba acobardada los revólvers con que la heroína les amenazaba.

Y cuando los bandidos apelando a un último esfuerzo pretendían huir por la puerta de la cripta, se oyó un alegre grito y la figura jocosa del buen Teddy apareció en el dintel.

—¿No os acordabais de Teddy?—exclamó, apuntando su revólver en dirección del sitio donde Eva se hallaba.

Ea, Rodolfo, estás preso—dijo la heroína.—Entrega el testamento roto.

El bandido comprendió que toda resistencia era inútil y arrojó el testamento a los pies de Teddy; éste se inclinó para recoger el documento, y entonces el de Renny, aprovechando el momentáneo descuido, se precipitó rápidamente por la puerta de la cripta. Protea se lanzó en persecución del bandido, exclamando:

—Teddy, cuidate de esa mujer...

II

Rodolfo, conocedor del castillo de Malmort, cruzó el pasaje de salida de la cripta, subió la escalinata en que terminaba, atravesó corriendo el angosto zaguán y salió por una puerta que daba a las abruptas rocas, sobre las que se asentaban las edificaciones de aquella parte del castillo.

Sin parar de correr, descendió la escarpada costa en busca de un refugio, y cuando iba a ganar la peligrosa playa, distinguió en el mar un bote que se acercaba.

Debió Rodolfo, ser visto desde el bote, por cuanto los tripulantes al desembarcar gritaron, obligando al de Renny a detenerse.

—¿Quién eres?—preguntó el que parecía mandar a los marineros.—¿Eres de los rojos?

—Soy Rodolfo Renny, jefe de la «Secta Roja». ¿Sois rojos?

—Somos del submarino Z-875. Acabamos de recibir un radiograma diciéndonos que usted estaba en peligro perseguido por Protea y venimos a prestarle auxilio.

—Bien—dijo Rodolfo sin ocultar la alegría que el inesperado socorro le producía.—Escondidnosos. Protea me persigue y si ha encontrado la salida de Malmort pronto deberá llegar a esta playa.

Rodolfo y los marineros se ocultaron tras las peñas de la costa.

El providencial auxilio lo había provocado el bandido a quien Teddy dejara herido a la puerta de la casa donde se hallaba la niña. Apenas nuestros héroes se alejó, llegó arrastrándose a la chimenea y pidió el aparato transmitía el angustioso aviso al Z-875.

Pocos minutos llevaban ocultos los bandidos, cuando Protea, descendiendo la selvaje costa penetraba en la playa en persecución de sus enemigos; la heroína se vió rodeada por los de la «Secta Roja», y en tanto que Rodolfo reía alegremente por su triunfo, Protea fué conducida al bote.

A fuerza de remo la embarcación recorrió el espacio que separaba al submarino de la costa; a los pocos momentos la heroína joven prisionera a bordo del pirata de los rojos no podía esperar más salvación que la que un milagro le deparara.

—¡Las patrullas!—gritó Rodolfo, penetrando en la cámara atornillada.

—¡A sumergirse!—ordenó el capitán del pirata.

Pero en aquel momento se produjo a bordo una confusión; el jefe de maquinistas acababa de descubrir una avería en los motores y la maniobra se hacía imposible. Los timbres de alarma funcionaban sin cesar y nuestra heroína se halló sola en la cámara, mientras los tripulantes se entregaban a violentas discusiones sobre el partido que debían tomar.

Protea comprendió que en aquella confusión estaba la libertad; pero antes quiso hacer justicia. En la cámara, en cajas rotuladas y numeradas, varias bombas de potentes explosivos ofrecían a la heroína el medio de satisfacer su justa venganza.

Tomando una de las infernales máquinas destinadas al hundimiento de barcos indefensos, dió vuelta a la manivela que ponía la maquinaria de la bomba en condiciones de provocar la explosión.

Después dejó el terrible aparato en el suelo y destrozándose silenciosamente trepó la escalera que conducía a cubierta: abrió la escotilla y siempre ágil y sin hacer ruido se lanzó al mar; buceó rápidamente y cuando ya se hallaba a gran distancia del pirata, un estruendo espantoso conmovió las tranquilas aguas que se vieron con los rojizos resplandores de un fuego justiciero.

El pirata había desaparecido.

III

Teddy había conseguido apoderarse de Eva y la había conducido al circo de León Jouvett.

—Cuidaos de esta bruja y ojo con que se escape... Ella tiene la culpa de todo.

A punto estuvieron los artistas de hacer pagar caro a la de Renny el incendio del circo. Pero Teddy reclamó su atención exclamando:

—Protea, persiguiendo a Rodolfo Renny, debe haber caído en sus garras... Es necesario buscarla.

Una hora después, el compañero de la heroína, acompañado de León Jouvett y de otro artista, recorrían la costa de Malmort y la solitaria playa donde tiempo atrás había sido sorprendida la vengadora.

La explosión provocada por Protea había llegado hasta ellos, llenándolos de angustia y de emoción.

—¡Dios Santo!—exclamó León Jouvett.—¡Ah si esos malditos cayeran en nuestras manos!

De pronto Teddy señaló a un punto en la playa y seguido de sus compañeros comenzó a correr en la dirección señalada.

Sobre la arena, anhelante, fatigada por la larga carrera, Protea aparecía desmayada.

—¡Madrina, madrina!—gritaba Teddy, reanimándola.

La heroína abrió los ojos; dirigió la vista a su ahijado y abrazándole:

—¡He hecho justicia, Teddy!—exclamó radiante de noble felicidad.

—¡Nuestra misión está cumplida!

FIN

EPILOGO

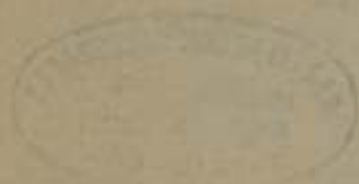
Protea entregó a Margarita el inmenso tesoro de Malmorr, y la heredera conservó en el castillo al buen Francisco, que tuvo por su fidelidad heroica el premio merecido.

León Joverri pudo comprar, gracias a la munificencia de la hija del conde de Tarazona, un lujoso circo en el que continúan haciendo las delicias de los públicos el hombre traga-espadas, los atletas prodigiosos, pero donde aun se recuerdan las geniales hazañas de la princesa rusa y su excéntrico chino.

Eva purga en una cárcel el delito de su ambición.

En cuanto a Protea, vive feliz con Margarita, pensando siempre en Teddy que, terminada su licencia, ha partido nuevamente para el frente, a cumplir sus deberes de patriota.









Segunda edición: 10,000 ejemplares

Para pedidos dirigirse a la
librería Granada
Batallá, 15-Tel. 5412 R.
BARCELONA